

EL
AJUADO
ENSIE



DRPS
FA
423

UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitaria



0500763271

EL
LIBRO
ENSIE

Ex Libris



Russell P. Sebold, III

EL VIAJADOR SENSIBLE

EN CASTELLANO
EL VIAJADOR

SENSIBLE.

EN LA IMPRENTA REAL DE MADRID

1791

Con los caracteres siguientes.

François Vernes, autor

EL VIAJADOR SENSIBLE

EPÍSTOLA DEDICATORIA

EN CASTELLANO

El Diccionario de la Real Academia Española dice así:
VIAJADOR. Quien se va a un lugar con algún objeto.
D. BERNARDO MARIA DE CALZADA.

*¡Qué mayor recompensa, ni mas dulce,
Que una lágrima fiel del sentimiento!*

EN LA IMPRENTA REAL DE MADRID.

1791.

Con las licencias necesarias.

FL DRPS FA/0423
EL VIAJADOR SENSIBLE
472360054

NOTA.

El Diccionario de la Lengua Castellana dice así en la palabra VIAJADOR : „Aplicase con singularidad á los que escriben las cosas especiales „que han observado en el viaje.” Como en el Autor de la presente obrita concurren estas circunstancias, se ha juzgado muy del caso llamarlo VIAJADOR, y no Viajante ó Viajero, segun mas comunmente se usa en el lenguaje moderno.

EN LA IMPRENTA REAL DE MADRID.
1801.
Con las licencias necesarias.

INDICE

PARTE PRIMERA

EPISTOLA DEDICATORIA.

*Las Gracias se correrian
de pintarte, porque se pin-
tarian á si mismas.*

CAP. I. El Dedicatorio.	11
CAP. II. El Viajero.	12
CAP. III. El Viajero.	13
CAP. IV. El Viajero.	14
CAP. V. El Viajero.	15
CAP. VI. El Viajero.	16
CAP. VII. El Viajero.	17
CAP. VIII. El Viajero.	18
CAP. IX. El Viajero.	19
CAP. X. El Viajero.	20
CAP. XI. El Viajero.	21
CAP. XII. El Viajero.	22
CAP. XIII. El Viajero.	23
CAP. XIV. El Viajero.	24
CAP. XV. El Viajero.	25
CAP. XVI. El Viajero.	26
CAP. XVII. El Viajero.	27
CAP. XVIII. El Viajero.	28
CAP. XIX. El Viajero.	29
CAP. XX. El Viajero.	30

EPISTOLA DEDICATORIA

Las Gracias se consiguen
de pronto, porque se pier-
den de si mismas.

INDICE.

PARTE PRIMERA.

EL CAMINO.

CAP. I. <i>Al Despertarme.</i>	Pág. 1
CAP. II. <i>Troya.</i>	3
CAP. III. <i>Regocijo.</i>	5
CAP. IV. <i>A los Censores.</i>	8
CAP. V. <i>Mi Rocin.</i>	10
CAP. VI. <i>Mis Meditaciones.</i>	11
CAP. VII. <i>¿Qué soy, pues?</i>	13
CAP. VIII. <i>El Hombre y el Cor- dero.</i>	14
CAP. IX. <i>¿Dónde se alberga la sensibilidad!</i>	16
CAP. X. <i>El Meson.</i>	19
CAP. XI. <i>Cossonay.</i>	21
CAP. XII. <i>El Concierto.</i>	22
CAP. XIII. <i>La Caida.</i>	23
CAP. XIV. <i>El Encuentro feliz.</i>	25
CAP. XV. <i>Pedro y Santiago.</i>	27

CAP. XVI. <i>El Placer.</i>	29
CAP. XVII. <i>El Ciego y su Hija.</i>	31
CAP. XVIII. <i>Mi Himno al sol.</i>	39
CAP. XIX. <i>La Pregunta.</i>	41
CAP. XX. <i>El Carro.</i>	44
CAP. XXI. <i>El Charlatan.</i>	47
CAP. XXII. <i>El Jugador de ma-</i>	
<i>nos.</i>	50
CAP. XXIII. <i>Baltasar.</i>	52
CAP. XXIV. <i>Orbe.</i>	56
CAP. XXV. <i>La Pipa.</i>	57
CAP. XXVI. <i>A cada uno le llega</i>	
<i>su vez.</i>	59
CAP. XXVII. <i>La Familia.</i>	61
CAP. XXVIII. <i>El Pergamino.</i>	64
CAP. IX. <i>¿Dónde se alberga la</i>	
<i>resistencia?</i>	
CAP. X. <i>El Mision.</i>	
CAP. XI. <i>Coronay.</i>	
CAP. XII. <i>El Concierto.</i>	
CAP. XIII. <i>La Caída.</i>	
CAP. XIV. <i>El Encuentro feliz.</i>	
CAP. XV. <i>Pedro y Santiago.</i>	

PARTE SEGUNDA

LA LLEGADA.

CAP. I. <i>Iverdun.</i>	65
CAP. II. <i>El Clave.</i>	67
CAP. III. <i>El Vino de Vevey.</i>	50
CAP. IV. <i>La Comida.</i>	72
CAP. V. <i>El Escudito.</i>	75
CAP. VI. <i>El Extrangero.</i>	77
CAP. VII. <i>El Entierro.</i>	80
CAP. VIII. <i>Mariana.</i>	82
CAP. IX. <i>El Cementerio.</i>	99
CAP. X. <i>El Impedido</i>	103
CAP. XI. <i>Los Músicos.</i>	108
CAP. XII. <i>La Gayta.</i>	109
CAP. XIII. <i>La Música.</i>	111
CAP. XIV. <i>Primera ojeada.</i>	112
CAP. XV. <i>La Marquesa de T...</i>	114
CAP. XVI. <i>La Vizcondesa de</i>	
<i>R...</i>	115
CAP. XVII. <i>El Bayle.</i>	116

PARTE TERCERA.

LA VUELTA.

CAP. I. <i>Mi Soledad.</i>	119
CAP. II. <i>La Partida.</i>	125
CAP. III. <i>El Niño amable.</i>	131
CAP. IV. <i>La Cinta.</i>	134
CAP. V. <i>La Justa.</i>	136
CAP. VI. <i>El Marques de L...</i>	139
CAP. VII. <i>El Muchachuelo men- digo.</i>	141
CAP. VIII. <i>Las Bodas.</i>	143
CAP. IX. <i>La Noche.</i>	158
CAP. X. <i>Lius y Nina.</i>	159
CAP. IX. <i>Pensé morirme.</i>	167
CAP. XII. <i>Constancia.</i>	168
CAP. XIII. <i>La Vieja.</i>	173
CAP. XIV. <i>Morges.</i>	178
CAP. XV. <i>Los Sauces.</i>	184
<i>Carta de M. M. *** al Autor.</i>	191
<i>Respuesta del Autor.</i>	193

EL VIAJADOR SENSIBLE,

6

MI PASEO Á IVERDUN.

PARTE PRIMERA.

EL CAMINO.

CAPÍTULO I.

AL DESPERTARME.

Ya es la media noche.... No quiero admitir el sueño que me piden mis fatigados órganos.... Todavía no viene mi amigo.... Siempre que se aguarda la hora del placer, recoge el tiempo sus alas, y parece que camina con muletas..... Levantémonos..... Pero ¡au-

dar ocho leguas largas por un bayle! ¡qué locura!... ¡Ah, Blasa, Blasa! Á no ser por tí, ya iba á raciocinar.

Cubierto está el cielo; y el viento y la nieve golpeando mis ventanas.... Pero *Regocijo** ¡es tan tenaz en sus proyectos! (aunque por otra parte mozo excelente), y yo ¡tan enamorado!... Por ventura; se creará que un objeto único me ocupa todo entero? De ningún modo. Estoy acometido de una especie de afecto universal á todas las mugeres hermosas: solicito sus primeros favores, sin sondear su entendimiento, ni su genio; porque este exámen, ó me enfriaría, ó me inflamaria demasiado: semejante á una mariposa, que no revoltea sobre las rosas todo el tiempo necesario, ó para

* Sobrenombre dado á mi amigo B.... Pache, porque es la alegría de sus amigos.

sentir sus espinas, ó para embriagarse con su fragancia.

Con todo, no puedo menos de hacer una confesion. En la lista de los objetos que amo, el nombre de *Blasa* es el primero. Mi corazon es como una especie de templo: sus competidoras adornan el vestibulo; pero *Blasa* está sobre el ara.

CAPÍTULO II.

TROTA.

Volvime á la cama, enojado con la naturaleza, y dexé que el sueño y mi afecto universal se las disputasen á la cabecera del lecho.... Pero ¡yo he de arrostrar, me dixé, los vientos, los frios, las

nieves y los trabajos , por ese maldito sexô!.... Y á la edad de veinte años ¿habian de proferir los labios expresion semejante?.... Los labios sí, pero el corazon no. En esto, me arrojé sobre los aprestos de camino, y preparé mis botas para hacer á las mugeres una ofrenda expiatoria de mi blasfemia. Entreabrí con tiento la ventana: me pareció que el horizonte se despejaba algun tanto, y la cerré de prisa, como para no dar lugar á que se cambiase el tiempo, mientras yo acababa mis preparativos: entretanto que componia la maleta, decia entre mí mismo: ¿Qué cosa no se intentará por ese amable sexô! Hizo pecar á nuestro primer padre; y no, no es el único de los hombres que, pecando por la belleza, ha perdido el paraíso. Con todo, los Griegos emprendieron el viage de Troya

á causa de una muger. Pues ¿por qué no emprenderé el de *Iverdun*?.... Pero *Iverdun* no es *Troya*: así es: ni *Blasa* vale lo que *Helena*: eso no es así.

CAPÍTULO III.

REGOCIJO.

Preparada mi maleta, y bien cerrada, para que no me viniese tentacion de abrirla, si el tiempo se empeoraba, volví á visitar al cielo, en ademan de pedirle favor; pero ¡ay! habian los vientos aumentado su violencia, y caía la nieve en abultados copos. Volvíame ya desconsoladamente á la cama, quando he aquí, que, (dando chasquidos con su látigo, y dexan-

do las riendas sueltas sobre el cuello de su rocin, que no por eso corría mas), llamó *Regocijo* vigorosamente á mi puerta.—¿Estás ya pronto? me dixo: vamos, que hace un tiempo delicioso.—(Nótese que pronunció estas palabras balbuciendo, porque el extremado frio le entorpecía la lengua.)—Abrí mi puerta, diciéndole: ¿Qué llamas *tiempo delicioso*? ¿Puede hacerlo mas horrible?—Á nuestra edad, replicó, todos los hielos del invierno no apagan el fuego que circula en las venas: date prisa, ó parto solo. Toma, ahí tienes tu cabalgadura.—Dixome esto, presentándome un rocin Pero lo honro demasiado con este nombre: era un animal tan largo y estrecho, que creí se lo habian robado á Don Quixote. De él pudiera muy bien decirse: "que la » misma humildad, si no camina-

» se á pie, lo eligiera como la » cosa mas mezquina."

Perdóname, lector. Yo debía hacerte, á exemplo de los viajeros, una descripcion topográfica del lugar de nuestra salida; señalarte puntualmente su latitud, longitud y distancia de la capital; hablarte de su iglesia, de su palacio, de su biblioteca, &c. Confieso, avergonzado, que ese soberbio género de erudicion no es el mio: demasiado lo conocerás en todo el curso de mi *viage*. Mas me pára y fixa una mezcla graduada de sentimientos, que todos los *panteones* y *columnas trajanas*.—El *Hombre del Cordero*, por exemplo, el *Ciego y su hija*, el *Impedido*: esas son mis locuras.

CAPÍTULO IV.

A LOS CENSORES.

El viento nos resistía mas que nunca: la nieve se obstinaba en inundarnos. — ¡Censores atrabiliarios, ya veo que os escandalizais de vernos buscar los placeres por entre mil fatigas y peligros! Os compadezco de todo mi corazón. Ya no estais en la edad de las dulces ilusiones: en aquella dichosa edad, en que todos los placeres de la prudencia, no equivalen á la menor de nuestras locuras. El tiempo camina rápidamente ácia donde la naturaleza, desencantada ya, no lucirá á nuestros ojos con los afeytes de que la ma-

tiza el amor. Entonces no se arrostra ya el rigor de las estaciones, para disfrutar una noche, una hora, un minuto, del placer con que inunda el corazón una palabra, ó una sonrisa del objeto amado. Entonces se cuentan los defectos de una belleza, porque no se pueden contar sus gracias: no finge ya en público una hermosura, que ni menos ha reparado en nosotros; no baxa los ojos, al acercarnos á ella, para levantarlos despues furtivamente; no dirige, como por casualidad fingida, sus pasos ácia nosotros; y necesitamos hablar para ser oidos. Entonces ya no vemos los placeres con el prisma de la juventud, que los hermosea y multiplica. En lugar de dormir no mas de una hora, damos vuelta al cuadrante. Y entonces.... entonces casi no existimos ya.

CAPÍTULO V.

MI ROCIN.

No desmintió mi rocin la idea que de su genio me habia ya sugerido su tristísima figura. El movimiento tardo é igual de sus remos, era parecido al de una péndola, pues me daba tiempo para contar los segundos. Por mas que lo espoleaba y animaba, con movimientos y voces, no encontraba en él emulacion, sino una indolencia, tan preparada á todos los acaecimientos, que hube de sacar mi partido de su misma estoica impacibilidad. Bien que considerando, por una parte, que el animal no iba á bayle, ni tenia

llena la cabeza del afecto universal; y comparando, por otra, la suerte de los diversos seres que ocupan este globo, entré seriamente en mí mismo; y como no encontrase suficiente razon para atormentar á mi bestia, compadecí á la pobrecilla, la rasqué entre las orejas, y no quise ya forzarla, con espolazos, á que cargase de fatigas, habiendo yo de gozar todo el placer.

CAPÍTULO VI.

MIS MEDITACIONES.

Caminaba yo sobre mi rocin, bien aforrado contra los hielos, y armado de una enorme rodela, para que los ladrones, al ver mi

ayre marcial, no intentarán amedrentarme.

Las espesas tinieblas que cubrían la tierra, me convidaban á meditar, en medio del silencio de todos los seres, y me entristecian, quando marchaba ácia el placer.

Parecíame la noche un paño de la cortina de la muerte, que el sol descorre cada dia, hasta que la corra la eternidad.

Quando comparaba yo el átomo de la existencia mia, á la vasta extension de los cielos, con quienes comparado este mundo mismo, no es mas que un punto imperceptible; menos confusion me causaba saber en donde me pondria la divina Providencia, que imaginar á donde habia podido encontrarme.

CAPÍTULO VII.

¿QUÉ SOY, PUES?

Avergonzado de ser un átomo, procuraba abrazar con mi pensamiento todos los astros esparramados que giraban sobre mi cabeza. Levantaba mi imaginacion hasta mas allá de las alturas del firmamento: acercábame al trono del Criador, baxo cuyos ojos se arrastran los planetas osaba elevar mi pensamiento hasta aquel trono, y luego exclamaba: *¡Qué grande soy!*

Á la sazón tropezó y cayó mi rocín, y di con las narices en tierra diciendo: *¡Qué pequeño soy!*

CAPÍTULO VIII.

EL HOMBRE Y EL CORDERO.

He amado siempre con preferencia á los Labradores, y en general á los que el cielo hizo nuestros iguales, y la casualidad inferiores. Estos son mas *hombres*, porque me presentan una naturaleza menos desfigurada: quando quiero poner en boca de los Grandes, sentimientos verdaderos y puros, voy á tomarlos en el corazon de los pequeños. No muy tarde conocí quan bien decia cierto Filósofo: "Si se pudiera leer
 " en el alma de los hombres de
 " todos estados, antes que subir,
 " se apetecería baxar."

La historia de un Carnicero apoyará lo que he dicho.

Caminando como iba, emparejé con un hombre, cuyos vestidos, en quanto me permitia verlos la aurora, me manifestaban su pobreza, de la qual tantos hombres apartan los ojos, porque no les dé tentacion de hacer una obra buena, y á la qual tantos desprecian, porque no saben ver el mérito que freqüentemente oculta.

La figura de aquel hombre, como tambien la de un cordero que le seguia, me habló á favor suyo. —¿No venís de *Morges*, amigo mio? le dixé. — Sí, señor, me respondió: era yo Carnicero en aquel pueblo. —Pues ¿por que razon os ausentais? — ¡Ay, señor! repuso: ¡este corderito!... Semejante explicacion picó mi curiosidad: instéle á que me contase su

historia; y lo hizo del modo siguiente.

CAPÍTULO IX.

¡DONDE SE ALBERGA

LA SENSIBILIDAD!

Nací de padres pobres: obligáronme á abrazar la profesion de Carnicero, á la que miraba yo con mucha repugnancia; pero de seis hermanos que éramos, ninguno habia desobedecido las órdenes de nuestro padre: no quise ser el primero. Mientras vivió, cumplí fielmente mis obligaciones; y las hubiera siempre cumplido leal, si mi amo no hubiese exígido mucho de mi. En el ganado que yo guarda-

ba me incliné particularmente á un cordero que tambien me queria. — (En este punto de su narracion dió dos palmaditas á su cordero sobre el lomo como diciéndome: “Este es.” La buena bestiecilla levantó benignamente la cabeza ácia su amo y le lamió las manos como quien respondia: “Yo soy.”) — Á todas partes me seguia, continuó, y ocupaba para mí el lugar de amigos y de parientes: le daba la mitad de mi pan y me engordaba el que lo comiese: era el pobre animal tan agradecido que voz mismo le hubiérais dado vuestro alimento; por lo que quando era preciso matar algun cordero jamás pensaba yo en él. En fin poco á poco se fué disminuyendo el ganado, y á pesar de mis ruegos quiso el amo precisarme á degollar mi corderito. En vano me esforcé á obede-

cerle: quando iba á hincarle el cuchillo, el animalito me miraba con un modo, que parece que me daba quejas: despues me lamia, se me arrasaban de lágrimas los ojos, y se me caía el cuchillo de la mano.

Por último, dixé á mi amo, que primero me degollarían, que obligarme á aquel sacrificio. Irritáronle tales palabras: tratóme de vagamundo y de perdido: tratéle de hombre duro y desapiadado... Por ventura hice mal, aunque me arrastró el cariño de mi pobre bestiecilla. Despidióme el amo; pero como habia yo ganado algun dinerillo, tuve bastante para comprar el cordero.— ” Es verdad que he quedado muy pobre, (añadió acariciándolo); mas no te culpo.”

CAPÍTULO X.

EL MESON.

Miré al cordero con igual afición que á un hombre de quien me hubiesen hablado bien. Figurábaseme aquel animalillo mas que cordero. Y ¡quan poco propósito para el oficio me pareció aquel sensible Carnicero!... Las ricas telas de los poderosos ¿valen por ventura lo que el paño burdo que cubría aquella alma?

Llegamos al meson de *Cossonay*, aun no de dia claro: mandamos encender fuego, y traer vino. Bebiendo como estábamos, noté que mi Carnicero buscaba algunos quartos en una bolsita,

donde con dificultad daba con ellos para partir el gasto con su cordero. Al instante saqué seis pesetas del bolsillo y se las dí al buen animal rezeloso de mortificar el pundonor de su dueño. Otro tanto hizo mi amigo, y marchamos. Parecíame por el camino que tenía necesidad de volver á encontrar aquel hombre. La mejor amistad es la que el corazón persuade.

Caminantes, el hombre del cordero va vestido de un paño burdo ceniciento: sus cabellos largos y lacios le caen sobre la espalda: si por ventura os encontráreis con él dadle otras seis pesetas y librad sobre mí á la vista.

CAPÍTULO XI.

COSSONAY.

Es Cossonay una villa ó alguna aldea grande? No lo sé; pero lo cierto es que el hombre mas jovial advierte cierta sensación de melancolía quando llega. Hasta el mismo *Regocijo* experimentó igual sensación.

Aunque situada á distancia de una legua del bello lago *Leman*, no disfruta *Cossonay* del magnífico aspecto de aquel estanque de agua, donde regocijados los ojos, ven reproducirse los Alpes. Todo parece que está muerto: qualquiera cree que ha retrocedido hasta los siglos bárbaros; y no puede

salir de la poblacion, sin desear llevarse consigo á todos sus habitantes.

CAPÍTULO XII.

EL CONCIERTO.

Por mas lúgubre que fuese *Cossonay*, no dexó de despertarme agradables memorias, porque allí tuve el gusto de oir un delicioso concierto, executado por un padre, una madre, una hija y dos hijos. ¡Qué quadro! La harmonía de sus almas hizo mas dulce la de los instrumentos. Reuséme á juntar mi voz á las suyas, como si hubiese temido la profanacion de algun templo. ¡Cómo gozaba yo del placer de aquellos padres!

¡Con qué ternura tan deliciosa los miraba y volvia á mirar! Atractiva familia, recibe aquí mi reconocimiento y mis deseos, y proporcióname á menudo la fruicion de aquel celestial concierto, cuyos pasages todavía están vibrando agradablemente á mis oidos, y presentando á mi imaginacion la naturaleza desnuda.

CAPÍTULO XIII.

LA CAIDA.

Ibamos caminando sobre nuestras bestias, mas cuidadosos de precaver sus resbalones sobre la nieve, que de hacerlas andar mucho. Mi modo de montar daba hartas sospechas á *Regocijo* de que

no podría mantenerme. En vano me habia vanagloriado con él de ser muy diestro en todos los ejercicios. — (Con frecuencia he reparado que muchas personas á fuerza de decir que son lo que quisieran ser lo van poco á poco persuadiendo , bien que yo por desgracia jamás he persuadido á nadie.) — Tengo miedo , me decia *Regocijo* , de que has de separar tu cuerpo del de la bestia. — Cambalmente en el instante en que con tono burlon te contestaba resbaló y cayó mi rocín : no tuve mas tiempo que para arrojarme y tenderme de largo á largo sobre la nieve meditando sobre las vicisitudes humanas.

¡ Adónde estás pobre Carnicero mio ! Tú me alargarias una caritativa mano y me ayudarias como te ayudé.... Aquella memoria tan dulce introduxo un cier-

to calor en mis venas de modo que no sentí la frescura de la cama.

Despues de la complacencia de hacer bien ¿ hay otra mayor que la de haberlo hecho ?

CAPÍTULO XIV.

EL ENCUENTRO FELIZ.

Yo no sé que figura haria tendido de aquel modo junto á mi rocín : lo seguro es que divertí mucho á mi estimado *Regocijo* , quien , en lugar de socorrerme , clavado sobre su cabalgadura y ocupado en contemplarme y reirse parecia como que se vanagloriaba de haber sido tan buen profeta. — Amigo , le grité lastimeramente , tú has leído una catás-

trofe como esta *en tu libro*. — Y tú, me replicó, la lees sobre la nieve. — Aún permanecería tendido y aún reiría él si unos Labradores caritativos no me hubiesen desenterrado aterido y blanco como un saco de harina. — ¿Adonde vais buen señor? me preguntaron. — ¡Ay buenas gentes! les respondí; ya mirais que no voy sino que estoy parado! — Sí: repuso uno de ellos: este caballero ha hecho alto. — Yo contaba, volví á decirles, con baylar esta noche en Iverdun y por mis pecados alquilé este rocin, como veis, salvo error ú omision. — Pues bien, caballero, me replicaron: nosotros vamos á reponeros á caballo despues de haber enderezado al rocin. — Así lo hicieron dándome la enhorabuena de que no me hubiese hecho mal y diciéndome: Procurad, señor, no hacer tantas paradas

en el camino si es que deseais baylar esta noche en Iverdun. — Os quedo obligadísimo, les repuse, y tomaré vuestros consejos. Parecióme que el menor de ellos me compadecia mas que los otros y por tanto fue quien se llevó mi postrer saludo.

Aquella honrada gente caminaba muy despacio y mi rocin los imitaba avergonzado de su caida: esto contribuyó para que yo no perdiese nada de la conversacion siguiente.

CAPÍTULO XV.

PEDRO Y SANTIAGO.

Pedro; no es verdad que merecia mejor que ir á baylar á Iver-

dun dirigirse al hospital de los locos? Dudo que ningun hombre de juicio se quisiera exponer à romperse el cuello por ir à hacer dos cabriolas con su enamorada. — Compadre, replicò *Santiago*, ¿no hacias tambien de las tuyas á su edad? — Sí que las hacias, añadió *Pedro* en tono de hombre que ha tenido fortuni-lla en amores. — ¿No te acuerdas, continuó *Santiago*, de las noches frias que has pasado acatarrándote debaxo de las ventanas de tu muger pareciéndote haber ganado el mundo quando atrapabas una ú otra palabrilla? — ¡Locuras locuras! dixo *Pedro*. — ¿No te acuerdas, prosiguió *Santiago*, del tiempo en que ibas á coger nidos de mirlos y á robar ciruelas expuesto á matarte para presentarlas á *Juana* tu esposa el dia de su Santo? ¡Ah compadre com-

padre! ¿no te acuerdas?... — ¡Locuras locuras! repetia *Pedro*. — Y aun hoy mismo, recargó *Santiago*, ¿no viajas en medio del invierno para ganar unos miserables quartos? — ¡Bella razon! replicó *Pedro*: es preciso vivir. — ¡Y bien! añadió *Santiago*: pues en la juventud es preciso amar: la locura que aquel caballero hace por amor tú la haces por dinero: yo lo haria por una botella otro... &c. ; y de todas estas locuras dirá tu muger que la que hacias por ella era mejor.

 CAPÍTULO XVI.

EL PLACER.

Admiraba yo el buen juicio de *Santiago* y hubiera sacado mas

fruto de sus lecciones si mi rocín que repentinamente empezó á tomar mas vigor porque se acercaba á la Sara no me hubiese estorvado oirlo.

Lo sentí mucho pues las palabras de Santiago me tenian en aquella situacion en que se complace el alma dexándose llevar negligentemente como si para ella no existiera otro ruido que el que le causa su dulce suspension.

Sí: no hay duda: tenia razon Santiago: cada uno corre tras el placer á su modo: segun sus inclinaciones: el objeto es uno y solo se varia en el camino que se toma para llegar hasta él. Un Siabarita lo busca en la tierra: un Anacoreta lo ve en el cielo*: yo lo veo en Iverdun; y allí tambien lo ve Regosijo.

* El Traductor. Y con razon fundadísima.

El placer es una flor que muda de colores de formas y de perfumes segun los diversos gustos y las diferentes edades; pero siempre es una flor la que buscamos: su corta duracion nos está diciendo que la cojamos prontamente; y como nunca se hallan sin espinas, á pesar de las que me produce el camino, adelantemos y dexemos decir á Pedro.

CAPÍTULO XVII.

EL CIEGO Y SU HIJA.

Buen hombre; qué es lo que os affige?— ¡Ay señor! me respondió; no habeis visto á mi hija?— Era un pobre anciano ciego sentado sobre el tronco de un ar-

bol cerca de una fuente. Las alforjas que llevaba al hombro, su frente calva, el palo sobre que apoyaba sus brazos débiles, su cuerpo encorbado por la edad, sus ojos secos y su voz quejumbrosa, todo esto junto me quiso persuadir á que la divina Providencia castigaba entonces por sus pecados á uno de sus hijos. Solo la fuente que junto á él corria con suave mormullo me pareció sensible á su dolor.

Desmonté y le dixé: - Buen viejo ¿ no teneis alguno que os guie? - Nadie: (me respondió levantando debilmente la cabeza y pronunciando la palabra en tono tal que me presentó á la imaginacion toda la naturaleza desierta.) - ¿Cómo nadie? le añadí. - ¡Ay! continuó: ¡ay señor! me han abandonado mi muger y ocho hijos.... Soy ciego ... soy pobre y

viejo.... pero yo se lo perdono. Mas ¡ mi hija! ¡ mi hija!.... (Esto lo repitió entre un profundo suspiro.) - ¿ No es de uno de vuestros hijos de quien hablais? volví á preguntarle. - Aún es mas que hija, me contestó, porque es la hija de quien yo no cuydaba quando tenia con que vivir y ahora es la que me alimenta en mi miseria. - ¿Desde quando os abandonó? repuse. - Desde ayer, añadió, pero es la primera vez que lo ha hecho. - No habreis sido desgraciado en vuestra juventud, continué; quando habeis llegado á edad tan abanzada. - Aquel pobre hombre suspiró entonces y en pocas palabras me contó su historia.

He trabajado, dixo, quarenta años con el sudor de mi rostro para juntar algunos pesos que he perdido en bancarrotas sin haberme podido rehacer de mis pérdidas.

Diez años ha que no existo (continuó el Ciego poniendo el dedo en el hueco que habían ocupado los ojos) y otros tantos ha que estoy pidiendo á la tierra mi segundo sepulcro y queriendo arrojar léjos de mí los restos de mi vida.... ¡Quántos desgraciados viven á lo menos con esperanza! ¡A mí solo no queda ninguna! Buen anciano, le dixé, no perdais el ánimo que se os socorrerá y todavía podreis ser feliz.—¡Todavía feliz! repitió: ¡se me socorrerá!....¡Ay señor! Todo el poder de los Reyes juntos ¿me dará un rayo de luz siquiera?.... Aquella réplica me hizo tanta impresion que me volví á mirar al sol para asegurarme de si poseia sus luces.... Guardó él anciano unos instantes de silencio apoyando las manos sobre su báculo é inclinando la cabeza ácia la tierra que

parece que lo llamaba á su centro. Despues exhalandó un hondo suspiro continuó así: Sin mi hija mucho tiempo hace que ya no me quejaria; pero quando quiero dar fin á esta vida mísera dexándome morir de hambre la pobre criatura llora me abraza y me llama *su padre su buen padre* un millon de veces con tal terneza que..... Pero ¡ella no viene!.... ¡Hija mia! ¡amada hija! ¿me dexarás morir aquí sin haberte dado el pos-trer abrazo? ¿sin haber vuelto á echarte la bendicion?.... ¡Ó buen Dios! Con que ¿me abandonais? Estremecióme la dolorosa pronunciacion de aquellas palabras: humedecidos mis ojos se dirigiéron al cielo diciendo: Ser de los seres ¿fuera posible que lo hubié-seis abandonado?....*

* El Traductor. No cabe que la divina Providencia olvide á ninguna criatura.

Dióme gracias el anciano y me separé de él con el corazón angustiado. Estaba ya á cierta distancia de aquel infeliz quando divisé á su hija que yo tambien buscaba. Retrocedí al instante para darle aquella agradable nueva, cuya comision no hubiera cedido por todo el oro del mundo.... Y aquel buen viejo todavia disfrutó un instante de gozo en su vida.

Llegó su hija desalada y sin aliento.... Habíase ausentado algo léjos para buscar limosna á su desventurado padre. Con su vista se despertaron en mí los varios sentimientos de piedad admiracion y respeto.... Si por algun imprevisto golpe de la suerte me hubiera encontrado con una parricida baxo aquel trage andrajoso no me hubiera avergonzado de reconocerla por tal aun en público.

Experimenté una deliciosa conmocion quando reparé que se parecia á mi hermana *Flora*. Tenia *Sara* algunas de las perfecciones de aquella persona tan agraciada y sensible y quizá tenia tambien un alma igual á la suya. Mientras mas semejanza las encontraba mas y mas semejanza queria hallarlas.

¡Con qué afecto tan íntimo se abrazaron aquel amante padre y aquella buena hija!.... ¡O *Rousseau!* ¡O *Richardson!* ¿Donde estais? Como tal escena se representara junto á vuestros sepulcros resucitaríais para verla y describirla.

¿Eres tú querida *Sara* mia? ¿Eres tú? (dixo el anciano tendiendo sus trémulos brazos que procuraban buscar á su hija haciendo el oficio de los ojos.) ¿Donde estás? ¿Donde estás? Ven á que te estreche contra mi cora-

-zon ... ¡Que te veo! ... ¡Que te veo hija de mis entrañas! ... ¿Cómo has tardado tanto en venir?... ¡Temí haberme quedado solo!... Viéndose Sara injustamente sospechada imprimió un ósculo en la frente de su padre respetable y humedeció con una lágrima sus cabellos blancos.

Aquella lágrima puesta por la humanidad en contrapeso de las virtudes pesó mas que todas juntas.

Bien sabia yo querida hija mia, añadió el anciano, que volverías: acércate acércate para volverte á abrazar. - Doy por supuesto, dice á Sara, que nunca abandonaréis á tan buen anciano y que os honrareis siempre con servirle sin embargo de su pobreza: ¿no es así verdad Sara? - Pues señor, me respondió ¿no sabéis? ... - ¿Qué? la repliqué. - ¿Que es mi padre? ¡Sublimes palabras! ¡Quan con-

fundido quedé delante de aquella joven!

Padres y madres, no multipliquéis inútilmente la enseñanza y dad á leer *este capítulo* á vuestros hijos.

CAPÍTULO XVIII.

MI HIMNO AL SOL.

Volví á montar y me alejé del Ciego y de su hija pero me iban acompañando sus imágenes.
 «Todo el poder de los Reyes
 » juntos ¿me dará un rayo de luz
 » siquiera?» ¡Qué tanto disminuye esta idea á los Monarcas engrandeciendo á su Criador!
 Nuevamente meditando sobre el destino de aquel desgraciado Cie-

go mi primer deseo fué perder la vista con la vida: despues adorando en el sol aquella mano que lanzó en los espacios semejante sentella de su luz me volví ácia dicho astro y le dirigí estas palabras:

“Magnifico autor de la luz, tú
 „que levantando la radiante fren-
 „te baxo la bóveda de los cielos
 „entre los astros que ilumina y
 „vertiendo hasta lo mas profundo
 „de los mares las avenidas de tu
 „fecunda llama parece como que
 „cada dia creas un nuevo univer-
 „so de este mundo: tú en fin á
 „quien ningun resplandor obscu-
 „rece y quien tanto se semeja al
 „poderoso Dios que te formó: Sol,
 „haz que se prolongue la corta
 „carrera de mis dias favorecién-
 „dome con tus luces: que yo en mi
 „última hora levantaré mis ojos
 „para verte mientras un rayo de
 „tu luz regosijare mi débil vista.”

CAPÍTULO XIX.

LA PREGUNTONA.

Finalmente llegamos á la *Sara*. Nótese la prodigiosa eficacia de un pedazo de metal. En qualquiera rincón del mundo que se encuentre una persona lleva dentro de su bolsa la comida y el alojamiento.

La Mesonera que nos recibió era una muger gorda y correntona cuya frescura y lozania convidaban á entrar en su posada: hablaba muchísimo y gustaba infinito de las *Gazetas* segun lo que despues supe. Era natural que tomase interés por todos los países pues daba hospedage á los habitantes de casi todos los ángulos de la tierra.

Servíanos un plato y luego ponía una mano sobre la mesa y otra sobre su cadera con un pico del delantal recogido arriba y en aquella postura parece que aguardaba que dixésemos á su lengua, *marcha*; y como tardaba la señal se la dió ella á sí misma.

Este caballero, dixo señalando á *Regosijo*, me ha dicho que sois de *Ginebra*. — Quatro años ha, respondí, que me hubiera honrado de ello. ¿Por qué me lo preguntáis? — Porque hace como unos dos años, continuó la mesonera, que tuvimos aquí á *Necher* y tambien es natural de *Ginebra*. — Pues tuvisteis en la posada, la repliqué, á un hombre grande. — Así me lo pareció, añadió ella, y traía consigo á su esposa. — ¡Digna compañera de *Necher*! la dixé. — Por cierto que sí, prosiguió la huésped: no conoce la altivez: habla

yo con ella y con su hija como con mis vecinas. Y ¿qué se han hecho? — Viven, la contesté, en su casa de campo junto á *París*. — Á esta pregunta siguiéron un millon de ellas relativas al Emperador al Papa al Rey de Prusia á los Ingleses á los Mahometanos y á la Emperatriz de Rusia; hasta que la llamáron para que diese una botella de vino á un pasajero. ¡Qué lástima! Este suceso me lleva á sostener que si se ha dado un libro voluminoso sobre *las pequeñas causas que producen grandes efectos* se pudiera hacer otro mas voluminoso todavía sobre *los que impiden*, porque la Preguntona llevaba traza de examinar ácia qué parte inclinaba la famosa *balansa política*. ¡Una miserable botella lo echó todo á perder

CAPÍTULO XX.

EL CARRO.

Nos vimos presizados á tomar un carro al que enganchamos nuestras cabalgaduras con tres caballos de tiro porque necesitaban ellas mismas ser tiradas. Ofrecióse nuestro huésped á enseñarnos el camino, pero rogándonos que llevásemos á su hija con nosotros hasta Orbe. Aún no habia concluido su súplica quando se presentó la muchacha.... Dimosle gracias del favor que nos pedia. Era la joven como una flor y de edad de quince años: sus facciones dibujadas por el amor mismo, y supe que se llamaba *Rosa* quando cabalmente la tenia yo por tal.

Déxase conocer que nos acomodamos gustosamente á ir algo estrechos recibiendo á *Rosa* en nuestro carruage. Sentóse baxando sus hermosos rasgados ojos como si se rehusase á leer lo que pasaba en nuestros corazones. Sin duda que el suyo la decia: "Les has » parecido bonita y eso es lo que » quieres, pero finge que lo ignoras » pues con eso tendrán mas gana » de decirtelo."— Y nuestros corazones ¿ qué nos decian?... Piadosos lectores, bendecid los puntos.

Llevaba *Rosa* un perrillo llamado *Picaruelo* tan maligno como dichoso. Sus graciosas pintas y suave lana combidaban á acariciarlo sobre las rodillas de su ama.... Sin duda sospechaba *Picaruela* que nuestras fiestas no eran á él y por tanto ladraba mordía y parecia que estaba allí colocado de orden del padre de *Rosa*.

Quise atarle unos versos al cuello, pero el diablo del perrillo se ponía rabioso. — No los quiere no los quiere me decía *Regosijo*: guárdalos para otra ocasión. — En el mismo instante en que tenía yo olvidado el bayle de Iverdun el rigor del invierno y el padre de *Rosa* (que de tanto en tanto se volvía para ver si su hija nos incomodaba) se rompió el carreton y volcamos: acudí á *Rosa* y todos nos vimos tendidos sobre la nieve. En mi primera caída estaba solo y no pedí auxilio: tampoco lo pedí en esta segunda ni *Rosa* se acordó de hacerlo. Preguntome su padre ¿ si me habia hecho mal? — No: le respondí mirando á *Rosa*, al contrario.... — Y ¿tú *Rosa*? la preguntó su padre. — Como este caballero, respondió ella. — Ayudé á levantar á *Rosa* dila el brazo y fuimos caminando lenta y

silenciosamente sin saber por qué los cuatro pasos que quedaban hasta *Orbe*.

CAPÍTULO XXI.

EL CHARLATAN.

Mientras componian el carreton nos llegamos á una granja junto á la qual un Charlatan subido en una mesa atraía á los pasajeros con el destemplado sonido de un violin abominable.

Cubria sus andrajos con una capa del siglo pasado bordada de oro falso. Teniendo ya amontonados á su alrededor unos quantos Labradores se sonó se enderezó tosió escupió y pronunció la oracion siguiente en un tono semejante al de *Demóstenes* quando arengaba á los Atenenses.

«Caballeros, yo he corrido las
 » cuatro partes del mundo (que
 » son Europa Asia Africa y Amé-
 » rica) para juntar las plantas mas
 » saludables. He compuesto con
 » ellas un bálsamo singular que
 » especialmente sirve para preser-
 » var de todo mal de oído: si se-
 » ñores: del oído que es parte
 » tan esencial de la oreja. Pues
 » como digo: este bálsamo mara-
 » villoso que me ha costado tan-
 » tos trabajos y sudores: este bál-
 » samo incomparable, repito, que
 » empleo de valde para bien de la
 » humanidad y que ha salvado ya
 » tantas orejas lo doy por tres rea-
 » les: si señores: ¿lo creerian us-
 » tedes? por tres reales.”

Perorando como estaba sacudia
 sus paquetes con modo tan gra-
 ve que decia aún mas que sus
 palabras. Aunque no tuve tenta-
 cion de darle tres reales por su bál-

samo la tuve de dárselos por su
 arenga. Acerqueme á él y ha-
 blándole de su preservativo con-
 tra la sordera que daba por in-
 falible descubrí que él mismo era
 algo sordo.

Ya iba yo á desembozar su
 charlatanismo á vista y paciencia
 de aquellas pobres gentes arras-
 tradas por el encanto de su elo-
 quencia quando él que lo conoció
 levantó un pico de la capa que
 cubria su miseria y no dixo mas
 palabra.... Al instante recogí la
 maligna risa que ya estaba so-
 bre mis labios.

CAPÍTULO XXII.

EL JUGADOR DE MANOS.

Quando ya mi hombre hubo vendido su droga se baxó gravemente de la tribuna y desembuchando de un saco algunos cubiletes se puso á menearlos y desaparecerlos con la mayor destreza. Hubiéranse visto Labradores y Labradoras que le tenian por hechicero con tantos ojos abiertos alargando el cuello y apiñándose unos con otros.

Postaria mi salvacion, decia uno de ellos, á que estos cubiletes ocultan algun demonio que va quitando las pelotillas para que pasen de uno á otro. ¿Qué dices tú Juan Pedro? — Que es así, respon-

dió, y que condenado sea yo si él no tiene hecho pacto con el demonio.

Como hablaban á gritos el Charlatan que los oía no dexaba de sonreirse con disimulo y queriendo divertirse con Juan Pedro le presentó un cubilete. Juan Pedro por poco no derribó á los que estaban á su espalda retrocediendo asombrado. — Á otro perro con ese hueso dixo: el diablo del hombre me queria meter dentro del cubilete como una pelota.

Á la sazon tomó un muchuelo el cubilete y se puso á jugar con él.

¡Quantos Juanes Pedros en el mundo! ¡Quantos cubiletes de Charlatanes!

Mortales, imitemos al muchuelo: no busquemos fuera de la naturaleza fantasmas que nos forjamos nosotros mismos.

CAPÍTULO XXIII.

BALTASAR.

Un Aldeano de altiva presencia que pasaba por el gallo de la aldea levantó los hombros mirando á Juan Pedro y habiendose acercado al Charlatan presentamos la escena siguiente.

- ¡Ay Dios mio ! ¡ Baltasar, no te acerques tanto que te tragará como una mosca! - Calla Pernetá, dijo Baltasar, que eres tonto : yo le desafío á que me trague aunque fuese el mismo diablo. - No te fies, continuó el otro, que lo que no ha sucedido en cien años sucede en un minuto. - Anda no temas nada, replicó Baltasar, que yo me burlo de él por mas hechicero que sea : no

se me da de él ni esto : (díxolo llevando la uña del dedo pulgar á los dientes.) ¿ Qué es lo que dice? preguntó el Charlatan. - Que os desafía á que lo tragueis, le respondieron. - Si señor hechicero : os desafío, repitió Baltasar. - ¿ Tiene familia? replicó el Jugador de manos con mucha frialdad volviéndose á los que le circundaban : ¿ Tiene hijos? ¿ Puede dexarles con que vivir? - Sí que tiene sí que tiene, respondió apresuradamente la muger de Baltasar : cinco varones y tres hembras : y yo espero de usted que no me quitará un hombre que tanta falta me hace. - Señor fantasma, repuso el marido, es verdad que tengo ocho hijos pero vuelvo á desafiaros á que me tragueis. - Amigo mio, añadió el Charlatan ¿ teneis ya arregladas vuestras cosas? ¿ Habeis hecho testamento? ¿ Os hallais bien prepara-

do?—Vaya vaya, añadió *Baltasar*, menos razones señor hechicero y si podeis tragarme que sea de un viage.—Caballeros, continuó el Charlatan, ustedes son testigos de que me precisa él mismo.—Si señor sí señor, repuso el mozo.—Yo como rara vez carne humana, añadió el Jugador, y solo la comeré ahora por causa del ardiente deseo que ese hombre tiene de irse quanto antes á la gloria.—Diciendo esto el Charlatan (que era un hombre de cinco pies y diez pulgadas muy ancho de cara y pecho con un vientre grandísimo) mandó que llegase *Baltasar* á quien su muger y sus hijos abrazaban llorando como creyéndole ya perdido.—Consolaos señora, la dixo el socarron, que no le haré penar porque me lo comeré de un bocado.—Luego se estiró el Charlatan la boca procurando llegarla hasta las

orejas para aumentar su amplitud que ya por sí era enormísima.—¡Mírala bien mírala bien! gritó *Permetta* despavorido: ¡mira que boca! ¡En ella caben tu arado y tus bueyes!

Viendo *Baltasar* la imperturbable seriedad del Charlatan la monstruosa garganta que se disponia á engullirlo y el espanto que reynaba en los semblantes de todos los asistentes perdió el color tembló y se abrió quanto pudo de brazos y piernas para pasar con mas dificultad.—No es así como yo trago á la gente, dixo el Charlatan: amigo, pegad los brazos al cuerpo y cerrad las piernas.—No hayáis miedo que lo haga, replicó *Baltasar* porque de esa manera me tragariais y no soy yo tan tonto.—¡Bien ha hecho! ¡bien ha hecho! repuso el Charlatan con magisterio.—*Regocijo* y yo reíamos á carcajada tendida.

Pero ¿no sabes, mi querido Regocijo, que en este momento pudieras muy bien reírte de tí propio? ¿Por qué? repuso el otro: pues acaso ¿soy algun Baltasar? Y mas que no piensas, pobre Regocijo: en varias ocasiones te oí hacer del fanfarron hablando de la muerte, pero tengo seguridad de que si se presentase á tí con la boca abierta como á Baltasar perderias el color y estenderias brazos y piernas para que no te tragase. — Esto pudiera suceder muy bien, añadió Regocijo, y en tal caso muchos mas Baltasares que yo habria en el mundo.

CAPÍTULO XXIV.

ORBE.

Llegamos á Orbe poco preparados á favor del pueblo: allí ha-

bíamos de separarnos de Rosa. Presenta no obstante dicha Villa dos cosas notables. La primera es una encyclopedia viviente: Benjamin Carrard: Filósofo verdadero que hacia tanto por ocultar su mérito como otros por lucir el que no tienen. La segunda son unos quadros hechos á la ahuja que parecen pintados por el mas delicado pincel. Pero ¿qué me importan las ciencias ni las obras maestras del arte? ¡Rosa! ¡Rosa! ¡una sonrisa tuya!

CAPÍTULO XXV.

LA PIPA.

Ala subida de Orbe nuestro carreton entrecogió á un hombre y le derribó al suelo la pipa. Con-

templóse la mucho tiempo como procurando averiguar de qué manera se le había quebrado: después siguió nuestro carro.

Ibame á separar de *Rosa*: *Rosa* manifestaba una cierta timidez... Ya no profería ninguna de aquellas palabras tan dulces de escuchar en la posición en que me hallaba. — *Rosa*, la dexé, voy á dexaros. — Señores, decía el paisano, volvedme mi pipa. — ¡Ah *Rosa*! continué tomándola una mano. — Señores, gritaba el otro, mi pipa. — Distraída *Rosa* se volvió ácia el paisano conmovida.... ¿Era la conmoción por mí ó por la pipa? — *Rosa*, añadí, la desgracia de los otros os mueve y la mía.... — Interrumpióme el hombre diciendo: Señores volvedme mi pipa. — Llévete el diablo, le repuse, juntamente con tu pipa.... ¡Ay *Rosa*! continué; que no sabéis quan

amargo es perder una amiga! ¿No deseais algun tanto volver al lado mio? — Señores, gritaba el paisano, mi pipa es mi amiga. — ¡Ay! exclamó *Rosa* mirándome: ¡volvedle pues su pipa!

CAPITULO XXVI

A CADA UNO LE LLEGA SU VEZ.

A tres quartos de legua de *Iverdun* nos detuvimos para que bebiesen nuestros rocines. Era muy baxa la fuente y el rocinante de mi amigo se inclinó de tal modo que perdiendo el equilibrio se resbaló *Regocijo* por su cuello, y quedó tendido en aquella fuente estrecha y larga como si estuviera en un baño. Reía yo á mas no poder él tambien aunque que-

ria enfadarse con su cabalgadura. Levántaronlo unas mugeres viejas reprendiéndole en chanza que hubiera venido á enturbiarles su agua y aconsejándonos que nos detuviéramos en el meson inmediato : así lo hicimos.

Mientras se enjugaba mi amigo oí en la casa contigua al meson unos gemidos cuya causa inquirí. Era un Labrador á quien acababa de morirle su muger. No fue necesario mas para excitar mi curiosidad porque las señales del dolor me traen todavía con mayor fuerza que las del placer. ¡Providencia sapientísima del autor de mi existencia!

CAPÍTULO XXVII.

LA FAMILIA.

Entré en la casilla : descubrí al padre profundamente contristado encogido en un rincon del hogar y á cinco ó seis criaturitas de graciosa figura que le pedian á su madre y se arrodillaban al rededor de la cama donde yacia su cuerpo. Tan naturales y movientes eran sus lamentos y lágrimas que podian volverla á la vida. — Ven madre ven la decian, ¿no nos quíeres ya? Nosotros se-temos buenos y no te enfadarémos mas. — Madre mia, gritaba el menorcito, no romperé ya otro plato. — En esto tiraban ácia sí la colcha de la cama de su madre

para que los oyese: subíanse unos sobre otros esforzándose á alcanzarla..... - ¡Ó Providencia divina, que la retiraste á tu seno! ¡Aquella era una madre!.... Pero yo respeto profundamente la nube con que cubres tus disposiciones.

Cayóse uno de ellos afanando por subir á la cama. -¿Te hiciste mal *Periquillo*? le dixo su padre. - Si, padre mio, sí: me he dado un golpe: es menester ponerme en la cama de mi madre. - ¡Pobre hijo mio! tu madre no está en la cama sino en el cielo. - Con todo no se desanimó *Periquillo* y aprovechándose de un instante en que su padre no le miraba saltó ácia el cuerpo de su madre diciendo: ¡Vela aquí! ¡vela aquí! ¡Padre! ¡padre! ¡ya la encontré! - ¡Tenla bien tenla bien le gritaron sus hermanitos, para que no vuelva á irse! ¡Madre! ¡madre! - Claman-

do así levantaban sus manecillas al rededor de la cama presentando á la difunta algunos dulces que yo les habia dado y guardaron para aquel fin. Conseguí del padre que los chiquillos la viesen por la última vez y de allí á unos instantes vinieron á buscar el cadaver que cubrian de besos y lágrimas procurando darle vida con sus caricias ternísimas y ocultándolo con sus cuerpecitos para que no se lo lleváran. - ¡No está aquí no está aquí gritaban todos á una que está en el cielo! - Pero al cabo fue preciso arrancarles de las manos el cuerpo de su madre para ponerlo en el atahud Naturaleza, toma tus pinceles que yo aquí dexo los míos pues quando fuera capaz de mo-
ler tus colores los desleiria con mis lágrimas.

CAPÍTULO XXVIII.

EL PERGAMINO.

Acabada de representar aquella escena de dolor volví al meson donde encontré á *Regocijo* enjugándose al fuego. El Mesonero era un hombre de buen juicio que picaba algo en letrado. La primera cosa que me dió en rostro en la sala de comer fue un pergamino en que estaba escrito con hermosos caracteres dorados:

*J. J. R. se detuvo aquí tres dias.**

¡Monumento harto sencillo!.... Pero ¡que honroso!

* *El Traductor.* Los que se entregan á la admiración negándose al exámen honran excesivamente (testigo el Mesonero) á algunos hombres célebres que examinados con pulso perderían infinito de su celebridad.

FIN

DE LA PARTE PRIMERA.

PARTE SEGUNDA.

LA LLEGADA.

CAPÍTULO PRIMERO.

IVERDUN.

Henos aquí ya en *Iverdun*. Nada diré de su local porque no lo he visto. Quando entré iba pensando en ver á *Blasa* y quando salí en que la dexaba. ¿Cómo había de tener tiempo para otra cosa? Pero lo que sí ví y conocí en *Iverdun* fue el acogimiento que dan sus habitantes con una cierta ci-

E

vilidad bien diferente de la de otros países que solo es una jeringa de moda un asunto de convenio en que para nada entra el corazón y que yo compararia á una moneda de cobre bien plateada cuyo poco valor se tocá al tiempo de servirse de ella.

Hicimos *Regocijo* y yo nuestra entrada en *Iverdun* en lastimoso estado. Por tanto al llegar á la posada fuimos saludados con la grita de algunas personas que creyeron que venian de España *Don Quixote*, *Sancho Panza* y sus caballerías.

Como aquel humillante recibimiento nos cogia á ambos lo sentia yo menos.... Pero ¡que razon!... Por lo mismo hubiera debido sentirlo mas.

Venció por fin la alegría quando vimos que las personas que nos silvaban eran nuestros amigos de

Morges Regis Blanchenay y *Berger* venidos á *Iverdun* con el mismo objeto que nosotros: todos militares nacidos expresamente para Marte y para el amor.

CAPÍTULO II.

EL CLAVE.

Los descubrimientos importantes para las artes y ciencias han ocupado siempre gran lugar en mi aprecio por cuya razon seame aquí permitido dar la idea de un *clave* inventado por uno de los militares que acabo de nombrar y perfeccionado por *Regocijo*. Ella es cosa de poca sustancia: lo conozco; pero ¿qué importa si entretiene? Algo ha de disimularse á los viajeros.

Juntaba mi amigo una veitena de gatos de diferentes edades para que sus mahullos pudieran formar diferentes tonos: un gato joven hacía el contra-alto: otro gatazo grande hacía el baxo: colocaba á todos estos gatos en unos caxoncitos construidos sobre su *clave* de manera que cada caxon correspondía á una tecla. Luego que los animalitos estaban fixados en sus caxones pasaba y repasaba un alfiler puesto en el cabo de un hilo bramante cuyas punzadas correspondían á la cola de cada animal. Quando tocaba aquel *clave* viviente los pobres gatos pinchados por detrás levantaban el trasero y con sus mahullos variados y sus consonancias excitaban continuadas risas que no aprobaba el corazón.

Asistiendo yo un dia á aquel extraño concierto un gato escapado

de un caxon donde lo atáron mal, se vino á mí y se me abrazó de un muslo como implorando mi proteccion y diciéndome lastimeramente que no gustaba de la música. Encolerizado su dueño le agarró para ponerlo en su nota tónica: intercedí por él y obtuve su perdon. Agradecido el gato empezó á refregarse contra mi barriga y á enarbolar la cola dándome gracias á su modo de que hubiese yo obedecido la ley natural. Una complacencia dulce me advirtió de que habia obrado bien. ¡Pobre animal! ¡tú me evidenciastes que la risa de los labios no vale lo que un *bravo* del alma! ¿Qué no será pues quando se trate de nuestro semejante?

CAPÍTULO III.

EL VINO DE VEVEY.

Luego que entramos en la posada lo primero que hicimos fue apagar la sed con buen vino de *Vevey*. ¡Licor delicioso! ¿Cómo es que los *Veveyanos* no han erigido una estatua al que lo traxo á su país? ¿Será porque no conocen todo su precio? Un pasage bien señalado lo dirá.

Lleno de curiosidad de visitar el país que un Filósofo hizo mas celebrado que su vino fai á él algun tiempo hace. Apenas hube llegado quando con la *Heloísa* en mano registré todos los lugares en donde yo sospechaba que *Julia* y *San-*

Preux habian respirado pensado y amado.

A mi vuelta de aquel delicioso paseo (en que me pareció haber visto y hablado á los dos amantes y encontrado á mis amigos) entré en la posada á tiempo de comer y dirigiéndome á los *Veveyanos* que comian conmigo en mesa redonda, les dixé: Caballeros; qué bien merecieron ser habitados por *Julia* y celebrados por el Filósofo estos hermosos países estas vistas encantadoras en que la naturaleza agotó todas sus gracias!—; Si par diez! dixo un *Veveyano*: ¡produce excelente vino!

CAPÍTULO IV.

LA COMIDA.

¡Qué comida tan gustosa tuve con mis amigos de *Morges*! ¡Ó buenos *Gelvecianos*! ¡Qué tanto os estimo pueblo franco abierto y leal! Si *Saturno* y *Rea* volviesen á este globo á buscar corazones de la edad de oro entre vosotros los encontrarían. ¡Ójalá que nunca os alcance el contagio del luxu devorador ni del disecante egoismo!

Sin las oportunas ocurrencias los agudos chistes y las sales de la conversacion no son mas que una degluticion animal las mejores comidas. Sirviéronnos un pato tan duro tan duro que el cuchillo me-

¡or amolado no le pudo llegar á la carne. El amigo *Regis* hombre jovial á quien nuestro Posadero habia servido un año antes otro pato de igual resistencia lo llamó y le dixo con mucha seriedad: "Amigo ¿no es este el pato del año pasado?" *Regocijo* gran destructor de castañas exclamó al fin de la comida: "Tantas castañas he comido como *Filisteos* mató *Sanson*." - Y con las mismas armas le repliqué.

La chanza fue algo pesada. Esforzóse *Regocijo* á reirse pero conocí que no habia podido tragarsela y que para ello bebia una copa de vino. Al momento experimenté que una sensacion desagradable afloxaba las fibras de mi cerebro montadas sobre el tono de la alegría. - Amigo (le pregunté apretándole la mano y como quien solicitaba un perdon) ¿te ha disgus-

tado mi bufonada? Querido mio, me respondió cariñosamente, acuérdate de que un manjar pierde el gusto en echándole demasiada sal.

Nunca se conoce mejor lo que vale un amigo que quando uno reconoce que le ha ofendido, ¿Es posible que por un miserable epigrama se quieran romper los delgados hilos del sentimiento que liga nuestras almas? ¡Ay amistad! ¡Nunca se apague en mí tu llama, sino que al contrario caliente el invierno de mi vida así como hermosteó su aurora! Es verdad que las flores que siembras para nuestro recreo no son tan fragrantas como aquellas con que se adorna el amor, pero si no tienen el bello colorido de las rosas tampoco tienen sus espinas. Acaba el amor con la edad lozana y no sobrevive á su pérdida el corazón sino

quando tú te quedas acompañándolo. Iré cada día á presentarte guirnaldas de violetas con que adornas la ligera gaza que te cubre y á conseguir en tus miradas consoladoras el olvido de las miserias de esta vida.

“Un amigo verdadero es una segunda conciencia.”

CAPÍTULO V.

EL ESCUDITO.

Pasando por junto la sala general de concurrencia oí que dos personas disputaban con calor sobre asuntos de controversia. Yo gusto de las disputas: no se desarrolla nunca del todo el carácter del hombre hasta que la pasión

hace jugar la máquina. Es como la arena sentada en lo hondo de un profundo lago que necesita la agitacion de las aguas para subir á la superficie. Entré y hallé que eran dos Eclesiásticos. Como apenas pudiéron verme me fuí á respañdar contra la chimenea desde donde pude exâminarlos á placer.

El primero era muy grave y posado: el segundo tenia en su rostro un no sé qué de humano y sensible que me atraía á sí con suave violencia. Antes de que abriera la boca aprobaba yo quanto iba á hablar y no la abría vez que no me felicitase yo de pensar lo mismo. En aquel instante entró el Posadero con un plato en la mano. — Señores, dixo, pido limosna para un pobre extrangero robado por unos ladrones que ha quedado en cueros y sin poder continuar su camino. — ¡Todo eso es falso! ¡to-

do eso es falso! (dixo el Eclesiástico mas anciano rechazando el platillo que apenas habia pasado de la puerta:) Estamos acosados de semejante gente. — Entonces el mas joven sacó un escudito y lo echó en el plato diciendo: Vaya, siquiera por ser hoy el primero. — No pude menos de aprobar aquella accion hija de la buena y verdadera caridad christiana.

CAPÍTULO VI.

EL EXTRANGERO.

Hecha la colecta por el Posadero le seguí sin hablar palabra, curioso de ver al Extrangero robado. Entré en la cocina y ví que aquel hombre sacaba el pañuelo á vista del plato para enjugarse las

lágrimas. Recibió el dinero con tanta vergüenza que creí que no quería tomarlo. Viendo el Posadero que lo tenia en la mano sin atreverse á meterlo en el bolsillo, le dixo: Tomad amigo, tomad, que en un desgraciado es inoportuna la vergüenza. — Permanecia el dinero en el plato no determinándose aquel infeliz á tomarlo. — Entonces yo, arrojándome á abrazarlo, le dixe: ¡Ay amigo! ¡Cuánto celebro hallar en vos uno de mis antiguos compañeros de colegio para poder seros util! ¡Rehusaréis el préstamo de un amigo?... (Quando se tiene de esa materia que se llama oro ¿cómo no se emplea inmediatamente en socorrer los desgraciados para que tenga algun valor?)

Aquel Extranjero me pareció mas agradecido al modo amistoso con que yo le acogia en su estado

de miseria que á los socorros que le daba pues los aceptó sin repugnancia suplicando al mismo tiempo al Posadero que devolviese á cada uno lo depositado en el plato. Empleábase el Extranjero en reconocermé quando le dixe: Amigo, perdonadme: tengo precision de irme: volveré á veros....

Me preguntarán ahora ¿quien era el Extranjero?... Un hombre.

Fuese el Posadero á volver á cada qual lo que habia dado. Seguile. — Señor, dixo al Eclesiástico joven, tomad vuestro escudito, que ya no lo necesita el Extranjero. — Servirá, le respondió, para otro desgraciado. — Miré entonces al anciano. y noté que se sonrojaba: al instante dixe entre mí: ¡No está muerta la virtud en aquel hombre!

CAPÍTULO VII.

EL ENTIERRO.

Asoméme á una ventana que daba á la calle. La primera cosa que ví fue un entierro. Nunca he huido de acostubrarme á ver mi último vestido antes bien al contrario me complazco de familiarizarme con la muerte. Quisiera yo quando llegase recibirla con tanta alegría como si fuese mi querida.... Y ¿por qué no he de poder hacerlo? ¿Qué es la vida?... Un ruido que nos quita oír los pasos de la muerte.

No pude mirar con indiferencia al que guiaba la marcha: sus ojos fixados en un pañuelo humedecido

con sus lágrimas sus pasos vacilantes el recogimiento en que le tenia su profundo dolor y las señales de arrepentimiento que de tiempo en tiempo se le escapaban, todo esto junto me confirmó en que era un delinquente que llevaban al suplicio... ¡Ay! ¡Qué bien fundadas fueron mis sospechas! Era un padre que llevaba al sepulcro á una hija amada habiendo causado su muerte.... La naturaleza era su verdugo.

Baxé á la calle. Esta ligera noticia me avivó el deseo de otras mayores. Seguí el entierro. La consternacion de los parientes de *Mariana* y su muerte prematura me interesaron á su favor. Amigo (dixe á la persona que sin ser pariente de *Mariana* me pareció mas condóvida de su suerte infeliz y mas dispuesta á hacerme su elogio) ¿me permitiréis que os haga

algunas preguntas relativas á este entierro? — Viendo el preguntado la sincera parte que tomaba yo en aquella ceremonia me cobró afecto y me hizo la narracion siguiente de que ni una palabra perdí.

CAPÍTULO VIII.

MARIANA.

Era Mariana una joven de pocos bienes de fortuna pero la suavidad de su genio sus gracias y un cierto atractivo con que se ganaba á primera vista los corazones, la hacian envidiable á los ojos de las que solo cuentan con oro y hermosura. El que no era su amante codiciaba ser su amigo y como estimaba á todos cada uno se

felicitava de tener con ella alguna relacion.

Habia nacido Mariana con mucha sensibilidad y ya fuese que las novelas hubiesen abierto su corazon al amor presentándola ciertas pinturas que acariciaban su imaginacion ó sea que haya entre las almas una simpatia que ninguna ley alcanza á destruir ni fuerza alguna á vencer, Mariana se apasionó ciegamente de un joven de las cercanias llamado Ademar. Con decir que Mariana lo amó está elogiado. No hubo amante que se obstinára en disputarle el corazon de su amada porque hasta el mas ciego amor propio los consideraba nacidos para quererse mutuamente. Sus corazones sencillos é inocentes no conocian los zelos. Es verdad que hubiera podido proporcionársele á Ademar una esposa mas linda y

rica, pero ¿qué cosa podía apreciar habiendo agrado á Mariana? Ella tambien hubiera podido encontrar otro esposo de mejor persona y de mas bienes que Ademar, pero no hubiera sido él y él era á quien amaba.

El Padre de Mariana rehusó dar el consentimiento para su union. Ademar era pobre y tambien lo era Mariana, mas se amaban, y en habiendo amor entre dos personas ¿puede dudarse que serán dichosos?

Finalmente como todos los amigos del padre de Mariana se hubiesen unido para instarle que la casara con Ademar, y manifestado en este matrimonio tanto interes como en el de sus mismos hijos, estaba ya para ceder el padre. Mariana y Ademar contaban ya con ser felices toda su vida. Pero se presentó un competidor opulento y fue aceptado.

Prohibió el padre á su hija que viese á Ademar, pero fue intento vano el de romper unos lazos formados por la naturaleza y apretados por los mas solemnes prometimientos. El amor habia de acompañar hasta el sepulcro á Mariana y Ademar.

Empleáronse ruegos y amenazas para verificar un matrimonio cuya sola imagen desesperaba á los dos amantes y contristaba á todos. Hasta entonces no habia conocido Mariana el odio, pero como M. D. le quitaba su Ademar Mariana lo aborreció.

Te casarás con él (la decia el enojado padre en un tono nuevo para ella que la despedazaba su corazon sensible). te casarás con él: no ha de decirse que me dexo gobernar por una loca. ¿Ay padre mio? decia Mariana: si amais á vuestra hija, si desde mi tier-

na infancia no os he dado motivo para que de mí os quejeis, y si mi principal estudio fue siempre haceros feliz no me hagais desventurada no me lleveis tan muchacha al sepulcro precisándome á tomar un esposo que aborresco sin que sea posible amarle nunca.... Decís que es rico pero ¿qué es el oro? ¿Puede darnos la felicidad quando lo regamos con lágrimas? Hija necia, replicó el padre sin mirarla (pues para hablarla con rigor era preciso hacerlo así) ese *Ademar* te ha trastornado la cabeza, pero yo lo compondré todo. — Si aborreceis á *Ademar* padre mio (bien que no os haya dado otro motivo para odiarlo que el de amarme y amaros como á un segundo padre) no le veré mas: viviré sola en un retiro mas contenta de pasar mis días en una prision que — Calla, hija desco-

nocida: has de casarte con M. D. si no quieres verme desesperado en mi ancianidad Pero conociendo la dureza de aquellas palabras se reportó y tomándola afectuosamente las manos la dixo: Hija mia, querida hija mia ¿quieres abrir tú misma mi sepultura?

La desgraciada *Mariana* no tanto asustada de las amenazas de su padre quanto movida de sus quejas estaba algunas veces para firmar sus desgracias pero se presentaba *Ademar* á su imaginacion, oía sus gemidos sus reconvenciones via sus lágrimas y se la caía de la mano la pluma. — No padre mio no, dixo por último: me determinaria á firmar mi desventura, pero la de *Ademar* ¡nunca! ¡nunca!

Mariana vivió mas de un año retirada sin que su alma participase del socio de su retiro. La

imagen de su amante bastaba para alegrar su prision: mientras mas él penaba con su ausencia mas determinada estaba ella á serle fiel. Ponia á Dios por testigo de la inocencia de sus amores y hallaba consuelo en las lágrimas que por causa de *Ademar* vertia.

De poco le sirvió á M. D. verse competidor preferido: quando se acercaba á *Mariana* solo conseguia oír el idioma del desprecio en el modo con que podia hablarlo *Mariana*: y á la verdad que como no era facil quererla medianamente hubiera sido disculpable M. D. si pudiera disculparse el atropellamiento en el amor.

No pudiendo el padre vencer la resistencia de su hija llegó por medio de mil estratagemas que le sugirió M. D. á persuadir á *Mariana* que *Ademar* la habia dexado. Recibió cartas supuestas de su

amante en las que renunciaba á una pasion que los hacia á ambos infelices, y aceptaba la mano de otra joven que le sacaba del estado de pobre á que le habia reducido la suerte. *Mariana* que lo habia querido siendo fiel no pudo tolerar la idea de su traycion. Aquella alma tierna y docil tuvo algunos momentos de enojo y por fin su tirano la conduxo al altar. Pronunció balbuciendo la fatal promesa, protestando todavia su corazon contra el movimiento de sus labios. Apenas acabó la santa ceremonia, quando cayó en tierra sin sentidos.

Aquel súbito desvanecimiento tenia una causa que no se sospechaba. Entre los asistentes al templo le pareció á *Mariana* que habia visto á *Ademar* no como otras veces adornado con las gracias del amor y de la juventud, sino

pálido desfigurado y leyéndosele en los ojos la reconcion de su delito. Por dos veces haciendo el juramento de fidelidad procuró desviar de *Ademar* sus ojos y por dos veces los volvió á fixar sobre aquel objeto que se le aparecia en lo hondo del templo como un especto todavia mas terrible que la Divinidad á quien ofendia. Por último no pudiendo desconocer á su *Ademar* perdió el uso de los sentidos.

Ignorábase qué se habia hecho aquel joven pero se supo que creyéndose causa de la prision de *Mariana* se habia ausentado: que le habia escrito muchas veces pero que todas sus cartas fuéron interceptadas.

No tardó en llegarle la noticia del casamiento de su amada, y le precipitó en una enfermedad de languidez de que no pudieron

recuperarlo ni su juventud ni la fuerza de su temperamento. Antes de morir recogió los restos de una vida casi extinta para venir á ver á *Mariana* y convencerse por sus mismos ojos de una traycion que no podia creer. El espectáculo de este himeneo fue para él el último suplicio. Salió del templo solo para escribir á *Mariana* la carta siguiente cuyas letras estaban casi borradas por las lágrimas de aquella joven infeliz.

» Me origina la muerte la hor-
 » rorosa nueva de tu mudanza....
 » Sin duda no merecia yo un co-
 » razon como el tuyo; pero ¡ y tus
 » promesas! ¡ y tus juramentos!.....
 » ¡ Ay *Mariana*! Me voy del mun-
 » do en el instante en que los
 » acabas de profanar.... Abandono
 » una vida que solo apreciaba pa-
 » ra tí y que aún hubiera queri-
 » do sacrificarte á pesar de tu in-

«constancia. ¡Á Dios! Mariana!
 «¿Sabes qual es la angustia mas
 «amarga de mi muerte!... ¡Ójala
 «que nunca lo sepas! ¡Ójala que
 «goces con otro tal felicidad que
 «no sea perturbada con la memo-
 «ria de un desventurado! ¡Á Dios
 «Mariana!... ¡Á Dios Mariana...
 «demasiadamente querida!... Na-
 «da te echo en cara!... ¡Á Dios!»
 Recibió Mariana esta carta en
 presencia de su esposo, y conoció
 al instante los caracteres que ja-
 más habia desconocido. Lisonjá-
 base ella de que ya no amaba á
Ademar bien, que los mismos es-
 fuerzos para arrojar del pecho su
 imagen contribuian á mantenerla
 mas viva. Al empezar la carta mu-
 dó de color por un oculto presen-
 timiento pero quando la hubo lei-
 do toda ¡qué tempestad tan hor-
 randa agitó su alma! Á las prime-
 ras lineas ya presagió el abismo

en que la habian sumergido... pe-
 ro el deseo de saber toda su des-
 gracia la dió aliento para acabar
 la horrible lectura. Apenas finali-
 zó quando un grito acompañado
 de repetidos desmayos dió á temer
 que no sobreviría mucho tiempo
 al malogrado *Ademar*.

Su marido hombre cuyas pasio-
 nes eran extremadas leyó la car-
 ta y tuvo sus dudas de si haría
 ó no volver á Mariana del des-
 mayo. ¡Tantos eran sus zelos por
 las lágrimas que otro costaba á su
 esposa! Esta desgraciada solo vol-
 vió en sí para verse agoviada de
 las injustas reconvenciones de un
 marido bárbaro... Reprimióse con
 todo y retrogradó al corazon las
 ocultas lágrimas que derramaba
 por un amante tan amado. Per-
 suadida á que aún vivía oraba por
 él en secreto al Ser Supremo.
 Pero ya en vano. Las desven-

turas de *Ademar* habian acabado con su vida y las de *Mariana* iban á tener el mismo término. Supo la noticia de su muerte.... y lo que me maravilla es que lo supo y no murió. Durante el dia y el silencio de las noches *Ademar* se presentaba continuamente á sus ojos pálido y moribundo reprendiéndola su perfidia y las torturas de su muerte.

Entonces aquella infeliz amante daba mal articulados gritos y vertia lágrimas que no podian contener las amenazas ni los zelosos furores de su esposo. — Sí ¡ bárbaro! decia ¡ tú me lo quitastes con las mas indignas imposturas! Todas tus riquezas ¿ me valdrán lo que una lágrima suya? — ¡ Á mí convenciones! respondia su esposo: ¡ á mí que tardo ya mucho en castigar una inclinacion delinquiente!.... ¿ No fuistes al templo por tí

misma? — No ¡ cruel! no: respondió *Mariana*: tú me llevastes arrastrando: ¿ por qué no me sacrificastes sobre el altar en que me pusistes como víctima tuya? ¿ Por qué no me matas ahora? Seria el único instante dichoso que te debiese....

Tales eran las quejas que arrancaban de *Mariana* los atropellamientos de su esposo y las vivas sensaciones de sus desgracias. Desde que murió *Ademar* fue decayendo visiblemente de modo que ni era sombra de sí misma.

Supo el padre el doloroso estado de su hija, que vivia á seis leguas de *Iverdun*, y la sacó del poder de su marido cuyo continuado mal trato iba acabando de matarla. Pero de nada sirvió á aquella muger angélica disfrutar el único consuelo de las caricias del padre que no habia conocido el mérito de su hija hasta el momento

de perderla. Ya estaba dado el golpe mortal. *Ademar* era muerto, y el gusano de los arrepentimientos y pesares no cesaba de ir royendo el corazón de su tierna amante.

Si la pérdida del objeto que se ama (quando se ha causado su muerte) es horrorosa, aun para las almas débiles, juguemos de los tormentos de *Mariana* y deplorémos menos su suerte.

Entró *Mariana* en la casa paterna para rendirse al mal de que murió. Su padre, no obstante las enfermedades de su edad, veló á su hija día y noche hasta el postrer instante. — ¡Ay hija mia! exclamaba bañando su mano de lágrimas. ¡Ay *Mariana* querida! ¡Vive! ¡yo te lo ruego! ¡déxame morir pues lo merezco tanto! — Padre mio (respondía *Mariana* esforzándose á volver ácia él sus ojos casi cubiertos ya con el hielo de la

muerte) ¿es eso cierto? ¿Vos me amais? — ¡Demasiadas pruebas te he dado para dudarlo, amada hija mia, y esto me será un manantial eterno de amargos dolores! — Bien sabia yo, querido padre, que no podais dexar de amarme habiendos yo amado tanto. — ¡Hija de mi corazón!... y le estorbáron continuar los sollozos. — ¡Amado padre mio, no haga mas horrorosa mi muerte la vista de vuestro padecer! ¡Yo padre tuyo! ¡no lo soy tal! ¡tu ascino sí! — El amor solo, venerado padre, causó mi perdicion: consolaos: olvidad á *Mariana* y vivid todavia dichoso. — ¡Que me consuele! ¡Que viva perdiendo á mi hija! ¡la única esperanza de mi vejez y único bien que me apegaba á este mundo!... ¡Si pudieras ver los remordimientos que destrozan á tu padre, bien cierto es que le desearias antes la

muerte!.... Diciendo esto parecía que con sus gemidos intentaba detener el alma de la moribunda *Mariana*.— Padre mio, le decia esta, si es que me amais calmad vuestro despecho. — *Mariana* hija mia, continuaba el anciano sumergido en su dolor ¿ me perdonas los males que te he causado?..... ¿ me los perdonas? Agonizando ya su hija, le respondió que sí, con un movimiento de cabeza, y se animó quanto pudo para apretarle tiernamente la mano.— ¡Vive, estimada hija mia! repetia su padre: ¡détate mover con mis lágrimas!.... ¡y si te compadeces de los tormentos que acelerarán el fin de mi carrera pide al cielo la prolongacion de tu vida! ¿ Negará el cielo lo que pidiere *Mariana*?.... ¡Yo me considero demasidamente culpado para dirigirle mis ruegos!.... ¡Hija mia! ¡Hija mia!.... pero ¡ya no

me oyes! ¡Ya no me oyes!

Tarde reconoció aquel desventurado anciano los sagrados derechos de la naturaleza. *Mariana* (después de cumplidas las últimas obligaciones chistianas) murió en sus brazos exhalando un suspiro para su padre y otro para *Ademar*.

Causó su muerte universal sentimiento. No se derramó una lágrima que no fuese sincera. ¡Qué panegírico!

CAPÍTULO IX.

EL CEMENTERIO.

Llegamos al cementerio.... No pude entrar en aquel recinto sin sentir un aprieto ó angustia de

corazon que impuso silencio á todas las demás pasiones.

Un cementerio es un asilo separado de lo restante del mundo, un lugar de sociogo donde se salva el hombre de los tumultos y borrascas de la vida.

Sobre la parte exterior de la puerta me pareció ver al *tiempo* con las alas extendidas mostrándome con el dedo esta palabra:

Soy.

Y sobre la parte interior de la misma estas:

Ta no soy

¡Ó vosotros los que haceis mucho caso de la vida! mirad á esta puerta donde teneis delante al *tiempo*: pásate un instante y ya lo teneis detrás. Si las virtudes hubiesen guardado aquella puerta hubieran detenido allí á *Mariana*. Acompañó el padre el entierro de su

hija por conformarse á un baro estilo. ¿No es bastante sentir que baxen al sepulcro las personas que amamos, sin tener que verlas descender á él?

Baxáron el atahud á la hoya. Fue menester apartar al padre de aquella dolorosa ceremonia. Querria volver á brazar á su hija y precipitarse en la sepultura para buscar dentro de ella ¡ay! ¡lo que ya no habia! Todos los circunstantes prorrumpiéron en llanto á su vista, hasta los que le atribuian la muerte de *Mariana*. Arrancáronle por fin del cementerio. Recibí pocos dias hace la noticia de su muerte. Y su esposo ¿qué se hizo? ¿Le dexáron vivir los remordimientos?

Á cada pisonada de tierra, que retumbaba sordamente sobre el atahud, creíamos que *Mariana* nos decia á Dios dando un paso ácia

la eternidad. La duodécima pisada fue su palabra última.

Antes de salir del cementerio tomé todas las medidas posibles para conocer en lo sucesivo el lugar en que *Mariana* disfrutaba pacífico sueño, determinado á volver en la primavera para sembrar en él algunas flores y gozar del melancólico recogimiento á que no pueden dexar de inducir sus amorosas desgracias. Dicho sepulcro está en medio del cementerio tirando un poco ácia la izquierda desde la puerta....; Vosotros los que nunca habeis amado, no os acerqueis á él!

Despues de haber rodeado tres veces aquel lugar como para asegurarme de si quedaba allí algo de *Mariana*, saqué de la faltriquera un papel en que envolví una porcion de la tierra que cubria su atahud determinado á enviarlo, con

el resumen de su historia escrito encima, al primer padre que quisiese imitar al de la desgraciada *Mariana*.

CAPÍTULO X.

EL IMPEDIDO.

A cierta distancia del cementerio encontré un hombrecillo con muletas: la parte superior de la cabeza estaba horizontal con su joraba: púseme á inquirir ¿por qué la naturaleza mantenía aquella cabeza entre los hombros quando la de *Mariana*....

El de las muletas dió un paso para salirme al encuentro.... (¿Por qué han de ser los desgraciados los que precisamente nos busquen

siempre?) con el movimiento que hizo meneó las puntas de las andrajosas mangas de sus brazos, y descubrió todos los remiendos de su vestido enseñando los restos de un sombrerillo mugriento, que apenas podía tener clavadas algunas alfileres, y que quitó en honor mio á una docena de pelos que le caian sobre la frente Su atitud, sus gesticulaciones y sus miradas, me decian: "Ved lo que soy y » compadeceos de la triste suerte que me ha cabido en este » mundo."

Amigo, le dixé ¿sois de *Iverdun*? - No por cierto no: (me respondió con un cierto airecillo que me dió buena opinion del pueblo; pues parece como que sentia no haber nacido alli.) - ¿De donde sois pues? le repliqué. - De todos los lugares, respondió, donde me dan con que vivir. - ¿Es-

tais de continuo junto á ese cementerio? - Sí señor, repuso, porque aquí es donde mas limosnas recibo: la vista de los muertos hace entrar un poco en sí á los vivos. - Me gustaron sus expresiones y le tiré una moneda dentro del sombrerillo.... (No se la tiré se la puse) Colose la moneda por un ahujero que habia en el centro y cayó en tierra.... Levantela y agradecido el pobre la recibió besándome la mano con tanto placer como si yo le hubiera dado una quantiosa limosna. - Comprad otro sombrero, le dixé alargándole la moneda. - ¡Ay, señor! un bocado de pan me es mas preciso que un sombrero.... Es cosa rara (añadió dándole vueltas en la mano) porque el ahujero no es muy grande. - Comprehendi en aquello que la moneda le habia parecido chica y le dí otra....

¿Por qué me movió su agudo reparo mas que su miseria?

¡Dios bendiga á la buena difunta! dixo el pobre jorobado acomodándose á saltitos sobre sus muletas: por cierto que su sombrero me acarrea felicidades. — ¿Cómo? ¿cómo? le repliqué con viveza: pues ¿quién os dió ese sombrero? — ¿Quién? ¡ay de mí! me lo dió *Mariana* Ella misma con sus blancas manos me lo armó diez años hace para el dia de mi boda; y aunque ya es un trapo viejo (esto lo decia mostrándomelo y besándolo tiernamente) es el que mas estimo entre los que me cubren. — ¿Por qué no me lo dixisteis antes? le añadí: Ni os hubiera aconsejado comprar otro, ni la moneda habria pasado por el ahujero ¡*Mariana*! (exclamé mirando aquel sombrero con mas respeto que hubiera podido inspirar-

me el del mismo *Marco-Aurelio*)
¡*Mariana*! ¡todavía no has muerto, pues todavia haces dichosos!

¡Quánto me felicité de la limosna dada á aquel hombre! Toda mi vida me hubiera remordido no haberle echado algo en el sombrero ¡Ó mi buena *Mariana*! ¡Nunca mas hubiera osado volver á tu sepulcro, ni besar el paqueto de la tierra que te cubre!

¡Murió señor mio! ¡murió! (repetia el pobre inclinando melancólicamente la cabeza sobre uno de sus hombros algo levantado....) Despues juntando una muleta con otra sacó de la faldriquera cierto trapo (que sospeché haber sido en algun tiempo un pedazo de pañuelo) y se enjugó las lágrimas que la memoria de *Mariana* le asomaba á sus ojos ¡Muerame yo en gracia ahora mismo como así me lloren!

CAPÍTULO XI.

LOS MÚSICOS.

Volvíame al meson quando, rodeando la cabeza ácia el de las muletas para mirar otra vez su sombrero, reparé en dos músicos que se acercaban á él con sus violines debaxo del brazo. Ví que se detuviéron junto al jorobado, movidos de su miseria, y que le socorriéron Qualquiera que fuese su limosna valió diez veces mas que la mia.

Estube para creer que el sombrero de *Mariana* era un talisman que obligaba á ser virtuoso; pero despues me incliné mas á dar por cierto que aquella buena obra la hacian voluntariamente.

Aunque soy aficionadísimo á la música me sonó mejor el ruido de la moneda en el sombrero, que la sonata del mas celebrado maestro.

Desde entonces me parecieron mas suaves sus violines. Quise que me compusieran una música melancólica intitulada: *la lamentacion del impedido* No la oigo vez ninguna que no piense en *Mariana*, ó en algun desventurado que necesite de un sombrero para pedir.

CAPÍTULO XII.

LA GATTA.

Desperté al sonido de una *gayta* que tocaba en la calle un muchachuelo. Acórmede de que á

la edad de cinco ó seis años oia yo tocar otra debaxo de las ventanas de mi casa. Esta memoria me renovó los inocentes placeres de aquel tiempo, de aquellos objetos y de aquellas fruiciones.... que ni disfruto ni disfrutaré mas.

La vida es un vaso de agua límpida que se enturbia á medida que se bebe. Al sonido de la gayta retrocedia yo hácia mi nacimiento: veia el agua pura de mi pacífica infancia: queria beber de ella.... y todo se me desvanecia como sueño.

Nacemos y morimos ignorando enteramente nuestro ser. Desde el instante de la creacion el océano va, viene, vuelve y rueda en torno del mundo: semejantes á sus olas los hombres vamos girando de generacion en generacion desde el principio del mundo para.... ¿para qué? para ir á baylar á *Iverdun*.

CAPÍTULO XIII.

LA MÚSICA.

¡Cómo me agradaba y atraia el sonido de la gayta! ¡Qué grande es el hombre! dicen algunos filósofos: él ha encontrado la brújula la imprenta el telescopio: él traza el camino de los cometas y señala el instante de sus apariciones.... pues decid tambien: él ha creado la *música*.

¡Música! ¡fruicion celeste que parece ha reservado Dios para su gloria! ¡recibe mi homenaje!

Quando *Gluck*, *Sacchini* ó el encantador *Grétry* unen su melodía á la voz de la hermosura que amo, me pesa de no tener mas que un sentido para llenarlo de su harmonia y mas que un alma para deleitarla.

Siempre será la *música* la delicia de mi vida y mi único médico: sí: mi único médico: véase aquí mi régimen. Quando tengo deteriorada la salud de modo que me causan hastío los manjares, acerco la *música* á mi mesa: empieza *piano piano* y mi apetito vá despertándose. A la mitad de la comida, quando ya la *música* toca el *allegro*, devoro; y llegado que ha al último *presto* está perfeccionada mi curacion.

CAPÍTULO XIV.

PRIMERA OJEADA.

Aproximábase la hora del baile. Pusimos en juego todos los resortes de nuestro anelo de parecer

cer bien: cada uno tiene sus defectos y hasta los viejos conservan el amor propio en su fuerza.

Corrimos el bayle compadeciéndonos de las bellezas que iban á vernos y todavia mas de las que no pudiesen lograrlo.

Entramos y se nos presentó á la vista una tropa de hermosuras. Ni los ojos tenian tiempo de descansar, ni la voluntad de escoger.

Pero al cabo fixó mi vista incierta y embelesada la joven *Blasa*, que era un objeto de admiracion. Estaba baylando juntamente con otras lindas compañeras y, al mirar su talle airoso y bien dispuesto, juzgué que veia al brillante navío de *Cleopatra* balanceándose magestuosamente sobre las aguas en medio de algunas pintadas gondolas.... La sorpresa de *Marco Antonio* no igualó á la mia.

CAPÍTULO XV.

LA MARQUESA DE T..

Sus movimientos tenían un no sé qué de suaves, de manera que el estar parada era un robo hecho á los mirones. Observé las vueltas que daba y espíe las que iba á dar. La Condesa de... *** me cogió en uno de aquellos instantes y en tono jugueton, que comprendí bien, me dixo: "¿Apos-
»temos á que la Marquesa es ya
»una de vuestras divinidades? De-
»cidme á fe de poeta: ¿en qué
»clase la colocareis en vuestra
»mythologia?" Señora, la respon-
dí, quando se publique mi obra
buscad en ella el capítulo intitu-

lado: *Hebea*. — Sí sin duda me replicó: el capítulo será muy precioso pero cuidado con que no lo cargueis mucho. — Señora, añadí, vos misma pondreis entón-ces la *errata*.

CAPÍTULO XVI.

AL VIZCONDESA DE R...

Quánto aborrezco las descripciones de los romanceros que nos forman una *tabla* de las facciones de qualquiera muger bonita! Por mas que hagan ¿podrán pintar aquella expresion de la fisonomia que habla al corazon? ¿aquel embeleso resultante del total de los lineamientos? ¿aquella sensacion que nos domina á la primera vis-

ta de una persona amable? ... En fin ¿aquel sentimiento indefinible... que sabe inspirar con tanta fuerza la Vizcondesa de R?....

CAPÍTULO XVII.

EL BAYLE.

¿Qué bellezas tan seductoras se presentaron á mis ojos hermoseadas por el arte y la naturaleza al vivísimo brillo de mil buxias! Amor ¿qué magia celestial empleas para diversificar al infinito los rostros con esa monotonía que forman unas partes tan parecidas? De tus hábiles manos todos salen distintos: todos ellos embelesan, y de manera que me parecen mejores los últimos que veo.

Multiplicados espejos aumentaban lo lucido del sarao presentándonos alternativamente ya la copia ya el original. Dió principio al placer una música deliciosa: todo el conjunto se animó como si lo hubiera poseído una común embriaguéz. Mas de una hermosura supo unir á la ligereza finura y agilidad de los pasos, la flexibilidad de todos los movimientos del cuerpo y aquella ternura del rostro, que parece que llama los deseos.

¡O mugeres! ¡ó vosotras que nacisteis para seducirnos! sabed que, particularmente en el bayle, teneis sobre nosotros un absoluto imperio: allí es donde agitado el corazón ve juguetear las gracias, y revoltear los amores. Objetos deliciosos ¿podré emprender vuestra pintura? No: porque quando quiero bosquejar vuestros re-

tratos, un atractivo llama á otro, y el pincel se me cae de la mano.

Aunque sea al fin del capítulo recibe, *Blasa*, mi cariñoso homenaje. Es verdad que se lo he tributado á otras; pero tal hombre, que por largo tiempo fué inconstante, viene al fin á parar en reunir todo su amor en el objeto que lo mereció dignamente.

FIN

DE LA PARTE SEGUNDA.

PARTE TERCERA.

LA VUELTA.

CAPÍTULO PRIMERO.

MI SOLEDAD.

¡Yo partir! ¡yo alejarme de Iverdun! ¡De aquella á quien hubiera sacrificado mi vida por tres dias! ¡Por un instante! Pero si: Quanto veo y toco me está diciendo á gritos: "¡Huye, jo-
" ven, antes que un fuego de-
" vorador te consuma sin que pue-
" das apagarlo! ¡Vete á tu so-
" ledad á desvanecer, si pudieres,
" una imágen adorada!"

Mi *soledad* es un lugar llamado el *Eliseo* *, que agradaba mucho á *Sofia* y que repetidas veces fué testigo de nuestra felicidad.

Empléé mucho tiempo en buscar un objeto que me diese á conocer el amor. Llamo *amor* no aquellas llamaradas de un dia (semejantes á las nubes ligeras engendradas por los rayos del sol y desvanecidas al instante) sino aquel tormento del corazón, que se experimenta solo una vez en la vida y no nos dexa ver en la naturaleza mas que lo amado ante quien desaparece todo el universo.

Nací con un corazón como el de *Abelardo* ** y por tanto busqué una *Heloisa* Ví finalmente á *Sofia*.

Hasta entónces habia yo tra-

* A media legua de Aubonne.

** El Traductor. Se vanagloria de lo que debiera correrse.

tado á la felicidad de quimera; pero la primera declaracion de *Sofia* me desengañó.

¡O *Sofia*! Con tu corazón era yo mas que dichoso. Levantábame antes de la aurora para hablarte de mi amor: decíate veces mil que te adoraba y al dexarte volvía á repetirtelo. Te hubiera amado toda mi vida Pero !ay!... ¡aquí se me aprieta el corazón, porque toco á los dos extremos de la felicidad y de la pena! ... ¡Poseía yo á *Sofia* y la perdí!

Desde entónces acá no he gustado felicidad pura. Hasta en esas *partidas de diversion* (donde tan poca suele disfrutarse) la memoria de *Sofia* me causaba unos accesos melancólicos que perturbaban mi alegría, si bien no dexaban de contener un cierto deleite para un corazón afectuoso como el mio.

Un arroyuelo atraviesa y riega mi soledad. En ella se respira en la primavera hermosa el olor de las fresas, de las violetas y de las mas fragrantas flores. Canarios, ruiseñores y pájaros extraños revolotean y retozan cantando sobre los follages haciéndose penachos de las rosas. En medio de un tapete de céspedes, cuyas orillas baña un agua pura, se levanta un bosquecillo donde entrelazados los jazmines, las efémeras, los rosales y las madre-selvas, parece como que ofrecen hospedage en su sombra. Los adornos de la naturaleza y los suavísimos perfumes de los campos circundan aquel bosquecillo que encierra
¡El esqueleto de Sofia!

Sobre su frente se leen estas palabras:

Mortal, contempla lo que fué objeto de tu cariño.

Mas abaxo:

Busca los ojos cuyas miradas flechaban amor,

Y al pie:

Pregunta à la naturaleza ¿qué hizo de todo lo que fuí? Yo misma soy la respuesta.

¡O amigos míos que bebeis ciegamente en la copa de los placeres! ¡que entregais vuestros corazones à toda especie de seducción! ¡y que creéis que las flores hermosas no ocultan crueles espinas! ¡Venid à mi soledad! ¡venid! os guiará la naturaleza por un camino de rosas à mi bosquecillo amado; sus contornos exteriores embelesarán vuestros sentidos: os parecerá que entraís en el paraíso de un eterno deleite y vereis ¡vereis un esqueleto!

Está suspendido sobre un pozo cuyo nombre es la eternidad. Algunas ruinas suyas se ha tra-

gado ya aquella boca por la que nada vuelve á salir: sobre el brocal del pozo hay grabadas estas palabras:

Todo cae en él.

Allí es donde, durante la frescura de las deliciosas noches del verano, voy á tocar mi harpa, y á repetir los romances que cantaba *Sofia* y yo componia para ella. El ruiseñor mezcla con la mia su lastimera voz, y su dulce mormullo el arroyuelo. Me parece que veo á la sombra de mi amada, complacida de oír mi canto, mecerse sobre mi cabeza y columpiarse en las ramas á los melancólicos rayos del astro nocturno. Hace una pausa la naturaleza para oír mis lamentos y suspirar conmigo por su mas bello adorno: ¡*Sofia!* ¡*Sofia!* ¡Mientras este corazon palpita, iré á regar con mis lágrimas tu polvo y á reva-

lidar el juramento de nunca mas amar!

CAPÍTULO II.

LA PARTIDA.

No encontrando bestias ningunas que alquilar y estando cubiertos de nieve los caminos, tomé la determinacion de poner en una berlina mi rocin con los de mis amigos, y de partir el asiento delantero con *Cukin*. ¿No conocéis á *Cukin*? Ahora bien: siempre que vereis á un cochero muy flemático, muy derecho, muy limpio y dirigiendo el ganado con un cierto ayre mogigato, decid al instante: "Hele allí, aquel es el cochero *Cukin*" Este hombre me pa-

recio de mas importancia que sus compañeros, porque habia estudiado algo para obtener un Curato en Saboya.*

Pues ¡cómo! le gritó uno de mis compañeros desde dentro de la berlina. ¿Cura habéis sido? Yo pensé que no sabriais distinguir un burro de un caballo. ¡Cómo que no! replicó *Cukin*: aunque os metierais entre mil caballos, os sacaría yo por la pinta Entónces me miró sonriéndose, satisfechísimo de su réplica y meneando la cabeza como quien decia: "¡Que tome esa y vuelva por otra!" Pero, amigo, le pregunte: ¿Cómo haciais para componer un sermón? — Me manejaba; respondió, del modo que otros muchísimos: hablaba lo que podia resignado de

* *El Traductor.* Era Luterano dicho Cochero; y los lances de su vida conseqüencias de su falsa abominable secta.

antemano á la reprobacion de mi auditorio. — * ¡Lindamente! *Cukin* ¡lindamente! y ¿no os habeis encontrado, continué, en el caso de hacer algun panegirico en vuestras funciones pastorales? — Sí, señor, repuso; y á fe que para ello no me calentaba mucho los cascos. Tenia yo una multitud de sermones impresos, y tomando un poco de aquí y otro poco de allá, lo cosia todo junto y quedaba mi objeto magníficamente elogiado. — Esto es, amigo *Cukin*, que lo vestiais á la arlequina. — Cabalmente: replicó; y ello es, que si el método no es el mas difícil, á lo ménos es el mas usado. ** Nunca he recibido elogios mas pomposos que aquellos: me muero de risa en es-

* *El Traductor.* Sermones pronunciados por una boca luterana no podian menos de ser dignos de reprobacion.

** *El Traductor.* Por los malos Predicadores, no por los doctos y eloqüentes.

te mismo asiento quantas veces lo traigo á la memoria. Instele á que me contase los sucesos de su vida, y lo hizo con un ayre noble, que no desmentia su origen, ocultando de tanto en tanto cierto ahujero que tenia en una manga, y que fingi no haber visto.

— ¿Os habeis casado, amigo *Cukin*, desde que llegasteis á esta tierra? (le pregunté concluida su historia) Sí, señor, me respondió; pero ¡ay de mí! ¡ya no lo estoí! (aquel suspiro fué sin duda por su muger difunta). — ¿Tuvisteis hijos? añadió. — Quatro respondió; y el último costó la vida á su madre. Pero ¿lo amais tanto como á los otros? repuse. — ¡Oh! sí, señor, me contestó: lo amaba por él y por quien lo habia parido.... ¡Pobre *Carlillos*! ¡Era tan bonito! ¡Por fin era un vivo retrato de su madre! Quando yo le

abrazaba me parecia que abrazaba á los dos A la vuelta de mis viages hubierais visto á mis pequenuelos, gozosos de mi llegada, saltar y baylar al rededor mio, apretarme entre sus bracitos y querer cada uno ser el primero á besarme Y ahora ¡ay! la muerte me los ha llevado todos Entro en mi casa como en una casa extraña: nada encuentro al entrar, luego nada, despues nada, y se me avivan los deseos de emprender nuevo viage. — Querido *Cukin*, interrumpí, la muerte hiere indistintamente á todos los hombres. — Hágame cargo, señor, repuso; pero quisiera que cada uno dexase la vida á su tiempo El pobre *Carlillos*, por exemplo ¿no debia haber muerto despues que yo? ¡Ojalá me lo hubiera Dios conservado! Mirad, caballero mio, soy pobrísimo; pero hubiera dado

gustoso mi ganado y mi berlina por haberlo librado de la muerte ¡Pobre *Carlillos*! ¡No te veré ya mas! Acabando estas palabras se enjugó las lágrimas con un pico de su capote sin dársele nada entonces de que yo le viese el ahujero del codo que me ocultó quando me hablaba de su nobleza. Amigo mio, le dixé, necesitais volver á casaros y aún podreis tener otro *Carlillos*. — Si señor: es verdad, añadió; pero tambien podré volver á perderlo.

Este hombre será siempre mi Cochero; y quando el tedio, que tan frecüentemente asalta dentro de un coche, me acometiere, le acompañaré en su asiento y me contará su historia: me hablará de *Carlillos*, se enjugará el llanto con el pico de su capote viejo, olvidando los blasones de sus antepasados, y yo le diré: "Amigo Cu-

„ fin, la verdadera nobleza es la
„ sensibilidad del alma."

CAPÍTULO III.

EL NIÑO AMABLE.

Habiendo baxado de mi asiento, ántes de entrar en *Orbe*, of una voz que decia: Tomad, señor *Pedro*, tomad por mi vida, que á mi me queda mas que á vos. — Volví la cara y ví á un soldado inválido á quien un niño daba algunos quartos. Reusaba tomarlos el soldado y lo acariciaba como si los hubiese aceptado. De allí á un instante echó á correr el chiquillo con señales de ir muy satisfecho. Entonces me acerqué al soldado y le dixé: Amigo, ¿de

quién es aquel niño? — ; Ay, señor! me respondió: es una alhaja. En cierto tiempo socorrí á su madre; y desde que esta murió, el pobre *Henriquito*, á quien por lástima recogieron en una casa para mandados, acordándose de lo que hice por su madre, me trae de tanto en tanto la mitad de lo poco que le dan cada semana y aun hoy la mitad de su aguinaldo.... ; Pobre niño mio!.... No se lo he querido tomar.

A no larga distancia estaba jugueteando *Henriquito*, y queriendo saltar una zanja se cayó dentro. Su amigo el invalido, aunque viejo y estropeado de una pierna, acudió como pudo para socorrerlo y cayó tambien. *Henriquillo*, á quien yo prontamente saqué de la zanja, apenas se vió fuera quando acudió al soldado para darle su corto socorro. Ha-

bíase lastimado una pierna el invalido; pero con todo, estregándosela, miraba á *Henriquito* y le decia: querido mio ¿te has hecho mal? y él le respondia: ¿Y vos? ¿Y vos?

Tomé en brazos á *Henrique*, ; Qué lindo era! Hijo mio, le dixe, ¿quieres mucho á ese soldado? — Si señor, si señor, respondió apresurado, porque es otro padre mio desde que mi madre está allá léjos. (Aquella inocente criatura aun no sabia lo que era la muerte). — Me parece, añadió, que le dabas dinero. — No señor, replicó, porque aquello no era mas de juego. — No mientas, amiguito mio, le repuse: yo he visto que se lo dabas y voy á preguntárselo. — Por Dios, señor: (me dixo en voz muy baxa): no le digais nada. Es verdad que no lo querria, pero yo se lo he metido en la faldriquera.

¡Válgame Dios! ¡En un niño pobre todos los ingeniosos artificios de la mas pundonorosa caridad! ¡Y en tantos hombres ricos todos los subterfugios mas groseros para sostraerse á la dulce beneficencia!

CAPÍTULO IV.

LA CINTA.

Quando pasé la vez primera por Orbe, antes de separarme de Rosa, compré una cinta para regalársela. — Rosa, la dixé, acuérdate de mí quantas veces te adornares con ella la cabeza. — Caballero (me respondió baxando sus bellos ojos y haciendo una graciosa cortesía) no estoi acostumbra-

da á admitir regalo alguno Tómala, hija mia, la dixo su padre, que eso es un aguinaldo. (Estábamos efectivamente á últimos de Diciembre). Recibió Rosa la cinta al instante Pero ¡ah! no la recibia por mí, sino por el tiempo Púosela en el sombrerillo, y la sentaba que era un pasmo, Aumentose en mí la conmocion, atribuyendo á la cinta el efecto de la mayor atencion con que observaba yo su figura, y el placer que experimentaba de ver en ella alguna cosa mia.

Pero ¡qué fué lo que ví á mi vuelta!... la cinta en el chaleco de un labrador sentado junto á Rosa en el rincon del fuego de la cocina del meson. Al instante me ocurrió el por qué Rosa la aceptó sin repugnancia. Dila una ojeada como diciéndola: “ ¡Ay Rosa! ” ¡Quando creí tener un rival, so-

„lo pensaba en *Picaruelo!*” Y sus ojos me respondieron baxándose como si dixesen: “Vos disteis „aguinaldo á la que amabais: y „yo lo he dado al que amo.”

Viageros que pasais por *la Sara*, visitad á *Rosa*, amadla, acariciadla, pero no la regaleis cintas.

CAPÍTULO V.

LA JUSTA

Como viésemos á corto trecho de la *Sara* una multitud de pueblo, preguntamos la causa de juntarse, y supimos que era una justa compuesta de un cerdo y un hombre, ó de un hombre contra un cerdo.

Este juego debe su origen á

los Ingleses. Adiestran un cerdo á que no dexé cogerse: huntanle con grasa todo el cuerpo, de manera que se escurra de entre las manos que intenten sujetarlo. Aquel que lo consigue es proclamado vencedor, coronado de laureles y acompañado á su casa al toque de trompetas, siendo el cerdo recompensa de su victoria.

Así los Griegos en sus fiestas públicas, llamados por el honor, celebraban los juegos olímpicos, congregados en un circo grande. Semejante á Hércules (exterminando monstruos con brazo invencible y poniendo la hidra á sus pies) se nos presentó á la vista *Juan Tiepon*, no para domar la hidra de Lerna, sino para sujetar á un marrano. *Píndaro*, préstame tu lira, ó dexa las sombrías orillas, porque tú solo puedes dignamente referir lo que hizo *Tiepon*

con un marrano que se oponia á sus esfuerzos.

Luego que se dió principio se arrojó el cerdo á la arena: ya cubierto de noble polvo siguió *Tiepon* al animal: ya con mano fuerte lo agarró inutilmente por la cola (pues con un esguince del trasero se le escapó de entre las manos): y ya redoblando esfuerzos consiguió *Tiepon* cansar á su enemigo. El tal mozo no se prevalió á medias de la ventaja. Mientras reposaba el gorrino, se acercó á él callandito para atraparlo, mas el gorrino azorado huyó á guarecerse de las faldas de *Rosa*. Parecióle que allí estaba seguro y se engañó, porque fué visto de *Juan*, á quien no arredraban faldas. Aquel heroe, pues, echándose sobre el cerdo, se aclamó vencedor.

CAPÍTULO VI.

EL MARQUES DE L....

Al entrar en el meson de la *Sara* me encontré con el Marques de L.... hombre de talento, escritor chistoso, cuyas obras ligeras llegarán á la posteridad, llevadas en alas de mariposas. No me conocí desde luego, y yo no me le dí á conocer hasta haber borro-neado algunos versos, que le hice presentar por la linda *Rosa* baxo la máscara de la *Locura*.

Versos presentados por la Locura
al Marques de L.... el primer día
del año de 1786 ; cuyo sentido
es el siguiente.

“Querido Marques, yo soy la
”Locura : agrade yo en todos
”tiempos y lugares, hermoseada
”por vuestro ingenio : estos son
”mis vivos deseos. ¿Es de mara-
”villar que una amiga, cuyo fir-
”me apoyo sois, venga á desear
”larga vida á su mas gracioso fa-
”vorecido? ¿Quién me toca de mas
”cerca que vos? ¿No habeis ma-
”nifestado siempre mi viveza en
”vuestros ojos, y mis cascabeles
”en vuestra boca? Pero seria-
”mente, Marques querido ¿qué
”nombre daremos á mis acciones?
”Si he de alabar con franqueza
”vuestro talento y vuestro proce-
”der amable habré de declinar de
”mi naturaleza, porque haciendo

”vuestro elogio, me tomarán por
”la Razon”

Leyó el Marques los versos,
ó mas bien no los leyó. Cosa que
debía yo haber previsto. Estaba da-
do enteramente á la Locura que se
los presentó ; Ah, Marques,
Marques! ; Cómo mirabas á Rosa!

CAPÍTULO VII.

EL MUCHACHUELO MENDIGO.

Iba ya á partir y dexar á Rosa
por segunda vez. La ingrata ha-
bia quitado mi cinta de su som-
brero para dársela á mi com-
petidor Juan Tiepon. Por lo tanto
deseaba yo verla para darla nue-
vas quejas. Mientras me ocupaban
estas desagradables reflexiones, la
alcancé á ver á la vuelta de una

calle ¡Qué hermosa iba! Olvideme de la cinta y me entregué todo á la contemplacion de su persona. Hubiera sido cosa de un instante el emparejar con *Rosa*; pero un muchachuelo mendigo, tan obstinado en perseguirme como el dueño de la pipa, se me atravesó deteniendo mi carrera. Levanté el látigo para sacudirle; y entónces él, tendiendo sus bracillos desnudos y suplicantes, me dixo: "Pegadme, señor, pero que no sea sobre esta pierna que tengo lle- gada." Detúveme entónces: sonreime cariñosamente; y alargué la mano para socorrer al pobrecillo ¿y *Rosa*? *Rosa* se fué donde quiso.

¿Luego el amor, me pregunté á mí mismo, no es el primer sentimiento que imprimió en nuestra alma el sello de la providencia santísima? ¡Admirable mecanismo! Todas las cuerdas de las pa-

siones callan, quando la de la humanidad se vibra.

CAPÍTULO VIII.

LAS BODAS.

Detúvose nuestro cochero cerca de *Cossonay* para ver pasar una tropa de aldeanos y aldeanas adornados con ramos de mirto, y con una cinta de color de rosa pendiente de los sombreros, banderola de los placeres de la aldea.

Segun las gesticulaciones y algarazara, me pareció que Baco mismo les expandia el bazo; pero ya se vé: aquella era la embriaguez de la alegría, que solo se disfruta, á mi parecer, en el campo.

¡Haya salud, amigos míos!

¡viva la alegría! iban gritando. Al vernos aquellos dichosos aldeanos, levantáron mas las voces, como si hubieran querido comunicarnos su placer. Tiraron al aire los sombreros en nuestro honor, y el violinista rascó las agrias cuerdas de su instrumento con mas viveza que solia.

Cogí al buelo uno de los sombreros encintados, y me lo puse Bien sabia yo que ningun sombrero me caeria mejor que aquel. Aplaudieronlo mucho aquellas buenas gentes, y dieron grandes carcajadas, y el dueño del sombrero ni aún lo echó ménos. Desde aquel instante quedé en gracia suya, y baxé para disfrutar mas tiempo del espectáculo de su felicidad. Si las funciones aldeanas no son las mas buscadas, á lo menos son las que siempre gustan, porque están mas cerca de la naturaleza.

Mezcléme entre algunas aldeanas jóvenes, las cuales vestidas con un brial corto y un ajustador blanco daban mayor realce á sus personas, que ya por sí no lo necesitaban. Sus gestos graciosos y sus sencillas caricias me hicieron olvidar las bellezas ciudadanas Pero no es así, no las olvidé, sino que por entónces dexé de pensar en ellas: bien como quando al salir de casa de un florista, que con su arte da nueva hermosura á las flores, no dexo de apetecer todavía el descansar en el campo sobre una alfombra de violetas, cuya fragancia lisonjea mis sentidos sin atolondrarlos.

Supe que motivaban aquella fiesta las bodas de *Julian* y *Justina*. *Julian* era un mozo prudente, juicioso, que solo habia amado á *Justina*, la qual, aunque no fuese la mas bonita de sus compañe-

ras, no por eso merecía menos la preferencia. Sucede muchas veces que los atractivos personales encuentran infieles en aquellos mismos que se hubieran contenido por medio de las prendas del alma. *Justina*, pues, dando su corazón á *Julian*, le llevaba el dote mas deseable.

Dichos dos amantes habian ceñido el círculo de su existencia al territorio de su aldea, de la que nunca habian salido Pero la felicidad ¿se mide acaso por el recinto que circundamos? *Julian*, amado de *Justina* y de sus parientes y vecinos, á quienes continuamente procuraba obligar ¿hubiera podido encontrar en todo el mundo la dicha que gozaba en su rinconcillo de tierra? No lo creo.

Hubiérase celebrado el casamiento de *Justina* algunas semanas ántes; pero se difirió hasta

que se cumpliesen los cincuenta años del matrimonio de los bisabuelos de *Julian*. Aquella pareja octogenaria no estaba advertida de la funcion, porque habian querido sorprenderlos. Dirigióse, pues, á su cabaña la gozosa cuadrilla, de donde les suplicaron que saliesen. Presentáronse ¡Qué momento para ellos tan feliz! Halláronse subitamente rodeados de sus hijos, nietos y biznietos, quienes, puestos despues en fila, les alargaron á una los brazos para abrazarlos.

Acerqueme al buen anciano, y dile la mano para que se sostuviera. No sabía á qual de sus hijos amaba mas, ni á qual abrazar primero. Ví correr de sus ojos casi ciegos lágrimas de ternura, y percibí que temblaba su mano en la mia á esfuerzos de la complacencia que le causaba la vista de los objetos pequeños y grandes,

que todavía le apegaban á este mundo. No podían andar un paso, ni dar una ojeada, sin tropezar con alguno que no le debiese el ser y que no le amase como á padre. Encontrábase en una naturaleza cuyo Criador, digámoslo así, había sido.

Buen padre, le dixé ¿no es-rais en el mejor dia de vuestra vida? — Espero, me respondió, otro mas bello para mí y mis hijos. — ¿Cuál? añadí. — Aquel replicó, en que el Eterno me ha de juzgar juntamente con ellos Entónces me pareció que veía la larga cadena de inocencia que presentaba á Dios una vida de ochenta y seis años.

Recorrimos toda la fila y fuimos baxando de generacion en generacion hasta *Julian y Justina*, quienes partiéron con los mayores su ramillete de bodas. Poco atractivo tenían para los ancianos los

ramilletes; pero ¡con que gusto recibieron los que venían de mano de sus nietos! Respiráron su fragancia y mostraron su complacencia con cariñosas miradas, palabras dulces y abrazos tiernos. Comparé su ancianidad á los últimos dias del hibierno coronados por las flores de la primavera.

Al ver la admiracion que manifestó el anciano en medio de su posteridad congregada desde las aldeas mas distantes, me formé una idea de la admiracion que causaria al primer hombre (si volviese al mundo) la vista de todas las generaciones que han ido sucediéndose despues de él en el mismo globo donde se encontró solo. Preguntéme: ¿ Si al arribo de este nuestro primer padre pondria yo en el extremo final de la cadena inmensa (para que se alegrase de su posteridad) algun Monarca, al-

gun Grande, ó algun Conquistador? Y me respondí, que no: Pondria á la virtud sencilla y modesta, esto es, un *Julian* y una *Justina*.

Quisiera yo que entonces todos los que han sido plagas de la tierra, como los fanáticos, los perseguidores, los tiranos y los oprimidos de su patria, atravesasen el género humano, y que todas las generaciones los señalasen con el dedo del desprecio: al mismo tiempo que se inclinasen delante de quienes las han honrado, cantando un himno en loor suyo.

Fuimos á la Iglesia adonde nos acompañaron todos los habitantes de la aldea, que parecian juntos una familia sola; y en efecto, ¿no lo era? ¿Acaso las conexiones de la sangre son mas fuertes que las de la amistad y buenas costumbres? Al mirar la alegría que reynaba en los semblantes de todos, qual-

quiera hubiera dicho que todos se casaban.

Uniéronse, pues, *Julian*, y *Justina*: la divina sancion consagró los juramentos de amarse, que sus corazones habian hecho ya mucho tiempo ántes.

Nunca me parece la religion tan santa y tan augusta, como quando asegura nuestra felicidad; porque es preciso que la dicha de los hombres fuese el primer objeto de su Criador.

El bisabuelo, el abuelo y el padre de *Julian* presentaban con sus esposas el exemplo de una union que nunca fué perturbada.

Antes de salir del templo, se paró el bisabuelo en medio de toda su familia, cuyo profundísimo respeto daba testimonio de la presencia del Ser supremo. Tomó las manos de los desposados, y les preguntó así: Querido *Julian*, ama-

da *Justina*, ¿estais determinados á amaros toda vuestra vida, y á portaros como personas honradas?— Así se lo hemos prometido á Dios, respondieron; y besaron la mano al anciano. — Entonces este levantando al cielo su venerable rostro, y presentándole á *Julian* y *Justina*, dijo: “Si durante ochenta y seis años, bienhechor de los hombres, has derramado sobre mí tus bendiciones, oye ahora la última supplica, que te dirige el corazón de un padre. ¡Haz de modo que celebren como yo cincuenta años de matrimonio, sin que tengan remordimiento de un solo día!” Permanecieron sus ojos fixados en el cielo por algunos instantes Conociéndosele en ellos que podia sostener la presencia de Dios.

El silencio general que sucedió á sus palabras, parece que fué guardado por todos los circuns-

tantes para que el Ser supremo oyese y admitiese la supplica desde lo elevado de su trono ¡Cómo la oiria!

Volviéron en triunfo á la respetable familia, y la metieron en una cerca espaciosa, colgada de ramas de laurel y mirto, y de todos los ornamentos sencillos que la amistad habia procurado de todas partes. Pusieronse á la mesa. Cada manjar estaba sazonado con la inocente alegría y con la expansión del ánimo, que es el mejor condimento de todos, y el único que el lujo no puede comprar, quando nada cuesta en la aldea.

Sentéme entre dos aldeanas preciosas. Yo no las pedia ingenio: sus ojos hablaban muy bien por ellas: sus bocas eran lindas; y el sonido de su voz dulcísimo. Por ventura una mirada, ó una palabra suya ¿no valian tanto como

las mas brillantes agudezas? En toda mi vida se me vino tan naturalmente á los labios la risa del placer.

Mandáron los novios que fuese corriendo un ósculo de paz y amistad por toda la mesa. Mis dos hermosas vecinas, aunque jóvenes y honestas, no pusieron mas dificultad en dármele, que yo en volvérselo. En las poblaciones grandes hubieran sustituido á esta ingenuidad melindres, desdenes y yo no sé qué hipócrita decencia.... Méno modesto es allá un desvío que un favor en la aldea.

Al finalizarse la comida ví que un labrador sacó un papel de la faldriquera, y luego oí que cantó una copla compuesta en honor de *Julian*. Confieso que me admiré mucho de verme frente á frente de un poeta, y tambien que un necio amor propio me estorbó algunos

instantes admitirle por compañero. Muy bien me acordaba de que *Apolo* habia sido pastor; pero ¿cómo habia yo de creer que *Nicolas* fuese *Apolo*? Tomé, no obstante, mi partido. La cancion de *Nicolas* nacia del corazon, y por lo mismo aplaudí su copla mas que hubiera aplaudido los mejores versos académicos.

Cancion de Nicolas.

“Amigos, vaciemos las botellas á la salud de *Julian* y *Justina*. Tanto como ellos se aman, los amamos: con que así, ¡viva el contento!”

Á la comida siguió el bayle: todos los aldeanos y aldeanas saltaban, no por la inspiracion del instrumento, sino por la de su corazon. Sus gestos y saltos, igualmente alegres que sus palabras,

me parecieron la verdadera danza; y así, no atreviéndome á cabriolear, salté como ellos. Juan arrempujaba á *Claudia*: *Claudia* á *Santiago*: *Santiago* á *Maria* Derribábanse sin querer, y se abrazaban queriendo, y todo á cuenta de la caída. Reíanse á carcajada suelta, y nada mas ¡Ó inocentes y buenas costumbres de la aldea!

Finalmente, formáron una rueda, dentro de la qual metieron á uno de los bayladores, mientras los demás saltando en torno suyo, le convidaban á abrazar á la aldeana que mas bonita le pareciese. Llegóme tambien la vez, y abracé á *Justina* al ruido de los aplausos que todos me dieron por la elección.

La noche que se acercaba me precisó á dexarlos. Partime, pues, deseando ser testigo de otra fiesta igual de allí á cincuenta años, co-

mo el anciano se lo habia deseado á *Julian*, y poder abrazar entonces á *Justina* con el mismo placer que acababa de experimentar pero ¡ay!

¿Dónde estabas *Regocijo*? Tú, á quien entretienen aun los juegos de los niños, tú, cuya risa no se aparta de los labios hasta que ves padecer la humanidad ¿Dónde estabas? ... ¡Toda una aldea era feliz! *Mi querido Regocijo*, ¿dónde estabas? ... *Henrique IV.* escribió estas últimas palabras á *Crillon* despues de una batalla Lector, dime, aunque seas Frances, ¿no las he colocado mejor que *Henrique IV*?

CAPÍTULO IX.

LA NOCHE.

Empezaba la noche á cubrir la tierra: sus tinieblas melancólicas iban poco á poco borrando en mi alma las dulces impresiones que hizo la precedente escena. El fuego de los placeres, que acababa de gustar, se iba apagando con el excesivo frio que de mi se habia apoderado: los bosques me presentaban una obscuridad silenciosa; y me parecia haber envejecido el universo.

¡O noche! No puedes dexar de contristar al hombre, porque le manifiestas una parte de la gran noche que precedió á los astros, y que debe absorvérlos,

El sol y la noche disputan entre sí el imperio del mundo. La noche desaparece á la vista de su brillante contrario; pero este astro es un Monarca que pisa la tumba donde será sepultado.

Iban tomando mis meditaciones el sombrío colorido de la naturaleza, y poniendo todas las fibras sensibles de mi ser unísonas con los gritos que viniéron á vibrarlas.

CAPÍTULO X.

LUIS Y NINA.

Decian las voces: ¡Páxaro de muerte! ¡Páxaro de muerte! — En el mismo instante vi á un hombre meterse en lo mas espeso del bosque. Tuve tiempo para notar que

su persona no era comun; pero sus mexillas hundidas, y sus ojos caidos, me presentáron los estragos del dolor.

¡Páxaro de muerte! ¡Páxaro de muerte! (Iba yo repitiendo por el camino estas palabras, procurando dar con el sentido que encerraban). Los colores con que el hibierno y la noche pintan la naturaleza me habian dispuesto á escucharlas: recordéme el noble porte de aquel jóven: juzguéle desgraciado; y resonaron sus tristes ecos en lo honido de mi corazon.

Llegué á *Aclan*: informeme de él, y pedí que me guiasen á la casa de su padre, á quien conté lo sucedido. Aquel buen hombre, agradecido á la parte que yo tomaba por su hijo, me hizo sentar apretándome cariñosamente la mano, y presentándome el mejor vino de su bodega. No tenia yo gana de be-

berlo; pero me la dió el modo de su oferta. Bebí á su salud: bebió á la mia; y quedamos muy buenos amigos.

Despues que atizó el fuego, y se quitó los anteojos, me rogó que le contase de nuevo lo oido y visto. Gemia entre tanto, y me decia algunas mal articuladas palabras, como si yo supiese la causa de sus penas. Luego se detuvo mucho en el elogio de su hijo ántes de venir á su historia. Yo estaba impaciente; pero aquel era un padre, y un padre desventurado.... En fin, partimos el placer que tenia en impacientarme.

Con que, señor, me preguntó ¿lo habeis visto?—Sí, buen anciano; pero ¿qué le ha sucedido?—Que mi pobre *Luis* estaba enamorado de *Nina*.... ¿No la habeis conocido, caballero?—No, le respondí.—¡Ah! continuó. Era la per-

la fina de la aldea... Quando concurría con otras jóvenes, solo ella era la bonita, y á pesar de eso todas la querían. Mi hijo estaba loco por ella, y habia conseguido agradarla... Nacióron uno para otro.... Pidióla mi hijo en matrimonio, y se la concedieron; de manera, que *Nina*, mi hijo y yo, y toda la aldea, íbamos á ser felices: ya estaba señalado día para las bodas... y una enfermedad... ¡murió *Nina*!

A estas palabras levantó el anciano los ojos al cielo, como para preguntarle la causa: baxólos despues sobre sus manos cruzadas, en las que solo derramaron dos lágrimas, porque ya la pena se las tenia agotadas. Despues (dándome una palmadita en el muslo, y haciendo nuevos esfuerzos para asegurar la voz, trémula con el sentimiento de sus males) me dixo:

Si señor: ¡murió *Nina*!... ¡murió!... ¡Ojalá que la hubiese seguido mi hijo! El no hubiera perdido mas que la vida, y yo hubiera sobrellevado la desgracia; pero... ¡ha perdido el juicio!... Bien lo veis, caballero: ya no hay felicidad para mí... En esto inclinó la cabeza, que sostuve con mis propias manos...

Iba mi hijo, continuó, á llorar diariamente al cementerio. Algunas veces pasaba en él la noche, y á la mañana le encontraba yo tendido sobre la tierra que cubria á *Nina*. Despues, ni aun queria salir de su quarto, ni consentir en que nadie le hablase. Viéndole perecer, hice un agujero en un tabique para observarle. ¡Ay de mí! El pobre muchacho habia desenterrado el atahud de su *Nina*, y puéstole derecho á la cabecera de su cama, con un reloj de cam-

pana encima. Quando daba las horas juzgaba que oia la voz de su amada *Nina*, que le llamaba para que se uniese á ella. Entonces abrazaba el atahud, poniasse delante de rodillas, y decia sollozando con dolorosísima voz:

Nina mia , ya te sigo:

Al sepulcro voy contigo.

Esperaba yo que á fuerza de gemir se calmara su amargo dolor; pero ¡ay caballero! Un dia que no acudió á la hora de comer, entré en su quarto : le encontré privado de todos sus sentidos, y tendido boca abaxo junto á los restos de *Nina*. Habia abierto la caxa en uno de sus amorosos enagenamientos para buscar á su *Nina*; y como ya no la encontrase, habia caído desmayado.

Hice quitar el funesto atahud; y quando mi hijo hubo vuelto en sí, me separé fingiendo que nada

habia notado. Ignoro á qué atribuye el pobre *Luis* el robo de *Nina*; pero lo cierto es que no le ha vuelto el juicio. Llorá, y la nombra de continuo. Quando oye cantar un gallo, tocar alguna campana, ó graznar algun cuervo, juzga que son la campana y el páxaro de la muerte. Entonces se conturba, y cree que *Nina* lo llama.... pero ¡ay! ya no lo llamará mas.... ¡Y yo! ¡Y yo!....

Callamos ámbos. Aquel buen padre era sobradamente infeliz para admitir consuelo. Viéndole llorar un perrillo que tenia, quiso hacerle fiestas; pero el anciano lo apartó, sin mirarlo, por no distraerse en su dolor.

Animóme el exemplo del perrillo. Busqué el consuelo que hubiera yo querido recibir en un caso semejante : buscábalo, sin encontrarlo, quando entró *Luis*. —

Caballero, me preguntó, ¿no habéis visto á *Nina*?... Oprimiome el corazon su aire asombrado, su cara pálida y desecha, y sus angustias: no pude responderle. — Este caballero, le dixo el padre, no la ha visto, pero la ama mucho, *Luis* mio. — ¡La ama! ¡la ama! repitió *Luis* con tono afectuoso... También *Nina* me amaba... y me amaba... tanto... tanto... y no pudo acabar, porque se vió acometido de una crispatura de nervios. Sentóle el padre sobre sus rodillas. Aquel malogrado mozo sacó su pañuelo para enjugar las lágrimas del anciano: quiso consolarle sobre sus males propios; pero cayendo despues en un tristísimo recogimiento, cerró los ojos: apoyó la cabeza sobre el hombro de su padre, y perdió los sentidos, balbuciendo el nombre de *Nina*.

El anciano y yo nos quedamos

con los ojos clavados en tierra, no atreviéndonos á levantarlos ácia el cielo... ¿Qué mortal puede acusarlo?

CAPÍTULO XI.

PENSÉ MORIRME.

Acababa de dexar... ¿á quién? Ni yo lo sabia, ni veia cosa alguna, ni comprehendia ácia donde caminaba, porque lo sucedido me habia consternado.

Ibase aumentando la lobreguez de la noche: extrabiabase mi imaginacion; y veia meterse en la espesura de los bosques los espectos de *Nina* y de *Luis*: los silvidos del cierzo me traian sus gemidos: cada árbol, cada hoja, me presentaba el páxaro de muerte. Si

el páxaro de muerte, que me llamará algun dia dentro de algunos años, de algunos meses, ó por ventura de aquí á un instante.... Á la sazón graznó un páxaro nocturno, y grité involuntariamente ¡Hele aquí!

CAPÍTULO XII.

CONSTANCIA.

¡Quántas dolorosas sensaciones tenia que ir sucesivamente experimentando! Caminaba con lentitud, (angustiado el corazon por *Nina*, por *Luis* y por su padre), quando ví pararse un coche en que iban cinco compatriotas míos. Por algunos instantes creí hallarme en mi patria : informéme del motivo

de su viage : supe que salian de *Ginebra* para establecerse en *Constancia*, esperanzados en recobrar allí parte de la felicidad que habian perdido Dixeronmelo : yo lo sabia ; y con todo se lo preguntaba.

El uno dexaba una hermana: el otro un amigo : aquel un padre : finalmente, cada uno llevaba solo una parte de su existencia : porque ¿qué cosa es nuestra existencia, si únicamente la colocamos en nosotros mismos?

Un anciano entre todos me hizo mayor impresion : veíase grabado en su venerable rostro aquella especie de dolor tétrico, que las personas de su edad no exálan al exterior, aunque les vá cabando su sepulero. Preguntéle : ¿ Si dexaba á alguien? - ¡Alguien! me respondió: ¿qué me preguntais?... Dexo ¡á mi patria!

Aquel tono, y aquellas pala-

bras, que solo puede pronunciar un republicano y escuchar otro, me trastornaron. ¡Cómo! le dije con voz intermitente: ¿dexais una patria que tanto tiempo os ha sido de madre? — Ochenta años la he servido de hijo, replicó: me quedan pocos dias que vivir, y quisiera tambien sacrificárselos.... pero la busco, y no la encuentro.... ¡Lo que me pasa el corazon, no es el morir, sino el no morir en su seno!

Metióse ácia dentro para enjugarse las lágrimas que le hacian derramar dolorosas memorias.... Cada lágrima de aquel anciano venerable era una reprehension para sus enemigos *. — Volvió á asomarse, y me dixo gritando: Amigo, si volviereis á mí.... (y embargaronle la voz los sollozos, de

* Cinco ó seis Ginebrinos.

modo que no pudo pronunciar la palabra) — Amigo, tornó á decirme, si volviereis ¡ay de mí! decidla.... ¡á Dios!

Quedé como inmovil, y lleno el corazon de angustias. Pero en fin, me determiné á seguir ansiosamente aquel coche, que me parecia que se llevaba la virtud y el patriotismo de lo restante del mundo Ya no le alcanzaba á ver, y aún le seguia Callaba yo temiendo decirles que volviesen.... En esto empezó á correr de mis ojos un arroyo de lágrimas, y de lo íntimo de mi corazon salieron estas palabras:

“¡Id con Dios, conciudadanos
 „ amados! ¡Él quiera que, baxo
 „ otro cielo, os veais indemnizados
 „ de los bienes que habeis perdido!
 „ do! ¡Bienes inestimables, y tan
 „ raros como los sentimientos que
 „ los dan! ¡El mismo quiera que

„vuestras virtudes hagan constar
 „á las generaciones futuras lo que
 „erais, y lo que debieron ser vues-
 „tros enemigos *! Y tú, anciano
 „desventurado (que no disfrutarás
 „ya mas de la patria, que tanto
 „tiempo honrastes, y que apenas
 „podrás divisar la nueva), ¡ el cie-
 „lo quiera que algun día tus hi-
 „jos te colmen de bendiciones por
 „la suerte que les preparas! ¡ Y
 „quiera tambien que, muerto tú,
 „todo ciudadano virtuoso y sen-
 „sible se acerque con veneracion
 „á tu sepulcro, y no se separe de
 „él sin la determinacion de imi-
 „tarte!”

Volví el rostro á mi patria, y
 señalé con el dedo ácia sus *hijos*,
 hablando con los perseguidores.....
 Parecióme haberles dicho bastante.

* Véase la nota antecedente

CAPÍTULO XIII.

LA VIEJA.

Iba yo muy poco á poco acer-
 cándome á mi morada, y rogando
 á Dios que diese siempre á los
 pueblos Soberanos tan ilustrados
 que ofreciesen á los ciudadanos
 honrados é industriosos un asilo
 en sus estados, y al mismo tiem-
 po tan justos, que hasta los repu-
 blicanos pudiesen ver sin disgusto
 el cetro de un Monarca *. Pero
 me distrajo de la meditacion la
 voz de un hombre que entonaba
 un himno á Baco: su sentido era
 el siguiente.

* *El Traductor.* Los Españoles, que gozamos
 la felicidad de tener un Rey justificado, cono-
 cemos, por experiencia, las ventajas que logra
 sobre todos los Gobiernos el Monárquico.

«Si me hubiera consultado Júpiter para hermohear el mundo, » hubiera yo opinado que corriese » el vino en lugar del agua. Toda » la tierra hubiera sido una parra, » y los mares un lagar; pero con » la circunstancia de que Júpiter » hubiera de hacerme el embudo » para embotellarlo.»

¡Con qué atención presté el oído! Ya se vé: como que era yo el autor de la poesia. ¡Buena! díxeme entre mí: ya mis canciones han penetrado hasta mas allá de *Morges* Conocí que la voz era de uno de mis amigos Y ¿quién podía cantar en aquel tiempo, á no ser *Regocijo*? Volvia de *Iverdun* caminando á pie; pero mucho mejor que á caballo, porque habia prestado el suyo.

Ví en efecto sobre su rocín una figura grotesca, que al pronto me pareció una pieza curiosa,

porque no pude persuadirme á que fuese uno de mis semejantes. Era una pobre Vieja, de solos quatro pies de alto, que *Regocijo* habia encontrado en medio del camino, casi muerta de cansancio, envuelta en una capa, que ya no la guardaba del frio, y aguardando sin duda la muerte; porque ¿cómo podia esperar que pasase por allí un *Regocijo*?

Habiase detenido este al verla. — Pobre muger, la dixo ¿qué haceis ahí? — ¡Ay de mí! respondió: no puedo andar mas. — Si no tomáis aliento, añadió *Regocijo*, perecereis de frio y de hambre. — Mas vale morirme, repuso ella, pues así no padeceré mas.... Dicho esto, zambulló su cabeza en la capa, como diciendo al mundo á Dios.

Enternecido *Regocijo*, dió una mirada al rededor, por ver si descubria alguna buena alma; pero

no encontró otra que la suya. Baxóse del rocín, aunque cansado, puso á la Vieja en su lugar, y empezó á cantar para divertirla..... Todavía cantaba aquel generoso amigo, quando le encontré. Pesóme, no de haber interrumpido su cancion, sino el sentimiento que se la inspiraba.

¿Qué es eso, *Regocijo*? le pregunté: ¿qué nos traes ahí? Poquito á poquito, camarada, me respondió: esta es mi manceba: cuidando con acercarse, porque es mia.- Luego que ví el objeto de su amor, me conformé gustosísimo á su voluntad. Si esa es tu *Dulcinea*, le díxe, es muy á propósito para desviar los concurrentes.

Contóme *Regocijo* su historia. No pude ménos de admirarme de que aquel jovial Suizo, (que se reía de sus propias desgracias), fuese tan compasivo de las ajenas.- Me-

¡por hubieras querido encontrarme, me díxo, con una moza bonita: ¿no es así?— De ningun modo, amado *Regocijo*: si efectivamente hubieses venido con tu manceba, es verdad que te hubieras divertido por el camino; pero la memoria de esta buena muger te lisonjeará toda tu vida. — Dices bien, amigo, me respondió: si no la hubiera amparado, ¿qué habria sido de ella?... Su situacion y miseria me sacaron lágrimas á los ojos, siendo así que nunca lloro. — *Regocijo*, continué, la obra es buena, bien que te haya costado algun trabajillo. — No he sentido otra cosa, añadió, sino el haberme comido inútilmente en *Iverdun* el poco dinero que llevaba Diciendo estas palabras, miró á la Vieja, y se volvió á meter la mano en el bolsillo, aunque sabia que estaba vacío.... ¡Ó buen *Regocijo*! hablábate tu corazon un

idioma que yo entendía muy bien. — No referas nunca esto, me encargó: ya conoces que esa pobre cadauca ... que el mundo en fin, que quizás se burlarian de mí. — ¡Burlarse! le repliqué; El mundo! ¿Qué es lo que dices? Quando lo dexes, dexarás con tus cenizas sus bufonadas y sus elogios Pero; cuánto no apreciarás entonces el Dios os lo pague de la pobre Vieja!

CAPÍTULO XIV.

MORGES.

Llegué á *Morges* Allí encontré á mi familia y; qué familia! Apenas hube abrazado á mis hermanas, quando las dixe maquinalmente: *Flora, Julia*, ¿no

habeis visto á *Luis*, al *Ciego* y su *Hija*, y á *Henriquito*? Nada comprendiéron de tales preguntas; pero despues no se maravilláron de que se me hubiesen escapado.

Morges es un pueblo pequeño, pero gracioso, cuyas paredes baña el lago *Leman*, y parece la joya de la cadena de montes que lo dominan. Pásase allí agradablemente la vida. El luxo no ostenta su insultante aparato, ni se trabaja por ocultar la pobreza doméstica, ni la del entendimiento, baxo exterioridades brillantes: no causa allí risa la union conyugal, ni las dulzuras que proporcioná: la falsa filosofía no sepulta allí las virtudes entre sus desoladores sistemas: allí reyna, mas que en otra parte alguna, el dichoso espíritu de igualdad: la risible preocupacion de *no-bleza* no hace allí tristes y ridículas separaciones Acaño las hor-

migas, ni el puñado de tierra que ocupan, ¿señalan el instante de su pasaje con ultrajadoras distinciones?

Morges tiene dueños: es verdad; pero no se echan de ver por la suavidad de su gobierno, por el respeto con que miran á los necesitados, y por la integridad de sus representantes. Sus alcaldes se mudan cada seis años.

Morges está situado á la falda de un collado magnífico, desde donde descubre á lo léjos aquellos magestuosos Alpes que parecen apoyo de los cielos, y en un dia sereno el trono del silencio. Aquella inmensa cadena de montañas, que disputa los resplandores al astro del dia, se me representa la caballera del globo, y su blancura su ancianidad. Parece como que me dicen: "Testigos fuimos de la
"creacion: vemos como desapare-
"cen las generaciones: pasamos

"los siglos como tú los instantes; pero tambien acabaremos." — De modo que ni la huella del hombre quedará sobre la tierra.

Dexan los ojos aquellas cimas resplandecientes y terribles, para baxarlos desde la altura de los cielos sobre bellezas mas humildes, sobre situaciones mas graciosas, que ganan en atractivo lo que pierden en magestad: puede decirse que son la bordadura de los plateados Alpes.

Mas abaxo las límpidas aguas del lago *Leman* forman un espejo, que parece colocado por la naturaleza al pie de aquellos collados risueños, para contemplar en él sus gracias.

El sol ha dexado ya las llanuras, quando todavia dora las cúspides de las *Neveras*, pesaroso, al parecer, de abandonar á la noche el quadro mas gracioso que sus rayos pintan.

¡Ó Ginebra! ¡ó patria mia! Si
 aun reyna la discordia en tu seno,
 contemplan tus habitantes la na-
 turaleza, en el instante en que el
 astro diurno corona los Alpes, lle-
 nándolos de los primeros albores
 de sus luces Á semejante aspek-
 to quedarán en paz todos sus co-
 razones.

En el verano, subó á aquellas
 colinas, por entre cercas de rosas y
 de flores campestres, que empapan
 el ambiente con sus fragancias.
 Quando he llegado á la cumbre
 me pongo á observar: mi éxtasis
 silencioso, al mirar tantas mara-
 villas, es un hymno al Criador:
 hymno sagrado que teme debilitar
 mi voz.

“¡Ser de los seres! á una se-
 ñal tuya salió el mundo de la na-
 da, quedó en la inmensidad del
 espacio, y recibió límites en una
 extension que no los tiene!”

„Tú solo pudiste hablar á la
 „naturaleza, y decir á la eterni-
 „dad del caos: haz una pausa.

„Me elevo contemplando tus
 „obras, y me juzgo digno de ser
 „una de ellas, quando conozco su
 „sublimidad.

„Siempre que admiro tus innu-
 „merables milagros, y que paseo
 „mis embelesados ojos desde la
 „tierra á los cielos, desde los cie-
 „los á la tierra, encontrandote
 „por todas partes, me prosterno
 „silenciosamente y digo: he visto
 „á Dios.”

CAPÍTULO XV Y ÚLTIMO.

LOS SAUCES.

Vuelvo á pedirte perdon, *Lector* mio, de haberte pintado mis sentimientos, mas bien que los lugares por donde he pasado. Perdóname no haberte hablado de los monumentos, de las curiosidades, de los *bellos espíritus de Golion*, de la *Sara &c.* Quando los hielos de la edad, ó quizá ¡ay! un conocimiento mas profundo de los hombres hubiere disminuido aquella expansiva sensibilidad, que en la primavera de la vida emplea el alma en todos los objetos, diré lo que hubiera visto; pero ahora digo lo que siento. Muchos pintores de pa-

siones escribiéron quando la edad de amar, y el fuego de la primera juventud habia pasado, ó estaba casi extinguido; pero yo tengo sobre ellos la ventaja de escribir quando amo.

Me deleyto en pensar que no se habrá echado en olvido al desventurado *Luis*; y que se desea saber su paradero. Yo mismo me complaceré tambien volviendo á hablar de aquel infeliz.

Hace algunos dias que volví á *Aclan*. El tiempo era muy benigno, y los últimos rayos del sol coloreaban las nubes, la diadema de los Alpes *, y el lago *Leman*, con bellísimos matices de oro y azul: y el canto de algunos pájaros, precursores de la primavera, era tan alegre, y todo me presentaba una naturaleza tan risueña, que me pa-

* El monte blanco.

reció no podría encontrar en aquel pueblo desgraciado.

Llegué á la cabaña del padre de Luis : pregunté por él, y un labrador me lo mostró á cierta distancia en el campo : aquel hombre pudiera haberme dado noticias de Luis pero quise saberlas de su mismo padre.

Hallábase ocupado en desarraigando un árbol. Al ver yo su poca prisa en salirme al encuentro, y las ojeadas que de tanto en tanto me daba, fijándolas luego en su trabajo, conocí que nada tenía que decirme.

Buen hombre, le pregunté, ¿cómo está Luis? — Ya no padece, me respondió el anciano con tono triste, (nada conveniente para aquellas palabras,) y mostrándome el árbol desarraigado Despues me preguntó ¿qué hora era? — Las cinco, le respondí. — Esa es la hora

de mi visita, añadió Soltó su hazienda, y, sin hablar palabra, me llevó al paraje donde habia yo de encontrar á Luis. Andábamos en silencio Yo temia preguntarle Bien que él hubiera hablado primero, á tener cosas buenas que decirme.

Llegamos á un sitio cercado. Preguntéme á mí mismo ¿que cosa podia tener de comun con Luis aquel lugar? Pero una calavera que hice rodar con el pie, me respondió : un cementerio. Cubrió todo mi cuerpo un sudor frio : ya podia haberse ahorrado el padre de decirme : *aquí está*. Al proferir estas palabras se paró en un ángulo del cementerio, donde dos árboles, nuevamente trasplantados, entrelazaban sus ramas. — ¿Qué significan estos árboles? le pregunté. — Mi familia, me respondió abrazándolos....

Pidió *Luis* en su agonía, que se abriesen su sepultura junto á la de *Nina*: así le fué prometido, y murió contento. Realizó el padre la voluntad de su hijo, y plantó, sobre la tierra que cubria á los dos amantes fieles, dos *sauces llorosos*, junto á los quales venia diariamente á rogar á Dios por sus hijos amados.

Entretanto que mi conmovido corazon buscaba, por decirlo así, en aquellos *sauces* algunos delineamientos de *Luis* y de *Nina*, (queriendo reconocer cuál fuese *Nina*, cuál *Luis*) vi arrodillarse al anciano respetable, y alzar sus ojos al cielo. Le imité por un movimiento involuntario; pudiendo decir, que ningun templo me habia infundido la veneracion de que á la sazón me sentí penetrado. Aquel padre hablaba al Ser supremo de modo, que creí no ver ya la inmen-

sidad de los cielos entre Dios y él.

Levantámonos y no lloremos. Parecíanos que *Luis* y *Nina* gozaban dulce paz. El sosiego del ayre, y la quietud de los *sauces*, nos retrataba la de su sepulcro. Conocí por la serenidad del padre que se lisongeaba de descansar muy en breve al lado de sus hijos.

Antes de salir del cementerio corté dos ramas de aquellos árboles amigos, á los que deseé una primavera eterna. Dificultó mucho el padre la cesion de las dos ramas. Aquellos *sauces*, á su parecer, le reproducian sus hijos.... No podia apartar de ellos los ojos.

Hice gravar el siguiente epitafio sobre una piedra, que se colocó al pie de los *sauces*.

“*Luis* perdió á *Nina*, su amante fiel, y murió de la pesadumbre.... La vista de estos llorosos *sauces* recuerde siempre á los co-

razones tiernos su union y des-
ventura.”

Planté las dos ramas en mi *Eliseo*: para mí son el símbolo del amor: desde que disfruto su vista me parece que han perdido las flores su atractivo. Cada día visito aquellas ramas queridas, á la misma hora en que el buen viejo está orando á Dios sobre los sepulcros de *Luis* y de *Nina*.

FIN

DE LA PARTE TERCERA

Y ÚLTIMA.

CARTA DE M. M. ***

AL AUTOR. †

Ginebra 27 de Marzo de 1786.

Recibid, amigo y señor, las gracias que os doy por el placer que me ha causado vuestro viaje. Creí muerto á *Sterne* mucho tiempo hace, y veo, con grande admiracion mia, que aún vive. Vuestra *Epístola dedicatoria*, vuestra *historia del Cordero*, la de *Rosa*, la del *Escudito*, la del *Impedido*, la de *Henriquito*, y la del *Ciego* y su *Hija*, me parecen dignas de su plu-

† Nota de los Editores. Algunas personas nos han manifestado deseo de tener las cartas que produjo esta obra: pero no hemos podido conseguir mas que las dos siguientes.

ma, sin olvidar vuestra doble inscripcion sobre la puerta del cementerio, &c. ; Qué bien pinta vuestro amor universal la fuga de nuestros primeros años! Quando salisteis para el bayle, á despecho de la noche, los vientos y escarchas, os acompañaba yo mismo á caballo. Yo volqué con *Rosa*, como vos; baylé con *Blasa*; y lloré por *Nina*. Y no obstante de que mudaba de hermosura á cada paso del viaje, mi corazon, que juzgais inconsistente, nunca os abandonó, &c.

 RESPUESTA

DEL AUTOR.

¡Qué no pueda yo, como vos, escribir un idioma tan delicado, con tan suave pluma! Mi musa ingrata os acaricia dándome zelos. ¿Á quién no ha de seducir la preciosa flor de vuestra fina alabanza? Quando el sentimiento la escribió, (para hacérmela mas amable,) se unió con el entendimiento.

¿Podré creer, segun vuestras expresiones, que el *Viajador Sensible* llegará á colocarse en el templo de la fama? ¡Ah, no! Primero creeré que, destituido de esa ilusoria esperanza, tocará en el rio

22087

del olvido. Pero no echará menos la gloria, habiendo conseguido grangearse un amigo como vos.

RESPUESTA
DE VUESTRO

no me puede yo como vos
escrito en alguna carta
con tan poca gloria
grata os acordar de haberme escrito
quien no ha de seducir la preciosa
señal de vuestros labios
Cuando el sentimiento le escribió
(para hacerla mas amable) se
unio con el entendimiento.
¿Puede creer, según vuestras
expresiones, que el tiempo
le llegará a colocarse en el templo
de la fama? ¡Ah! no! ¡finero
creeré que, destinado de esa lu-
soria caperuzza, tocada en el río

no olvido. Pero no echaré nunca
la gloria, habiendo conseguido
grangerme un amigo como vos.



